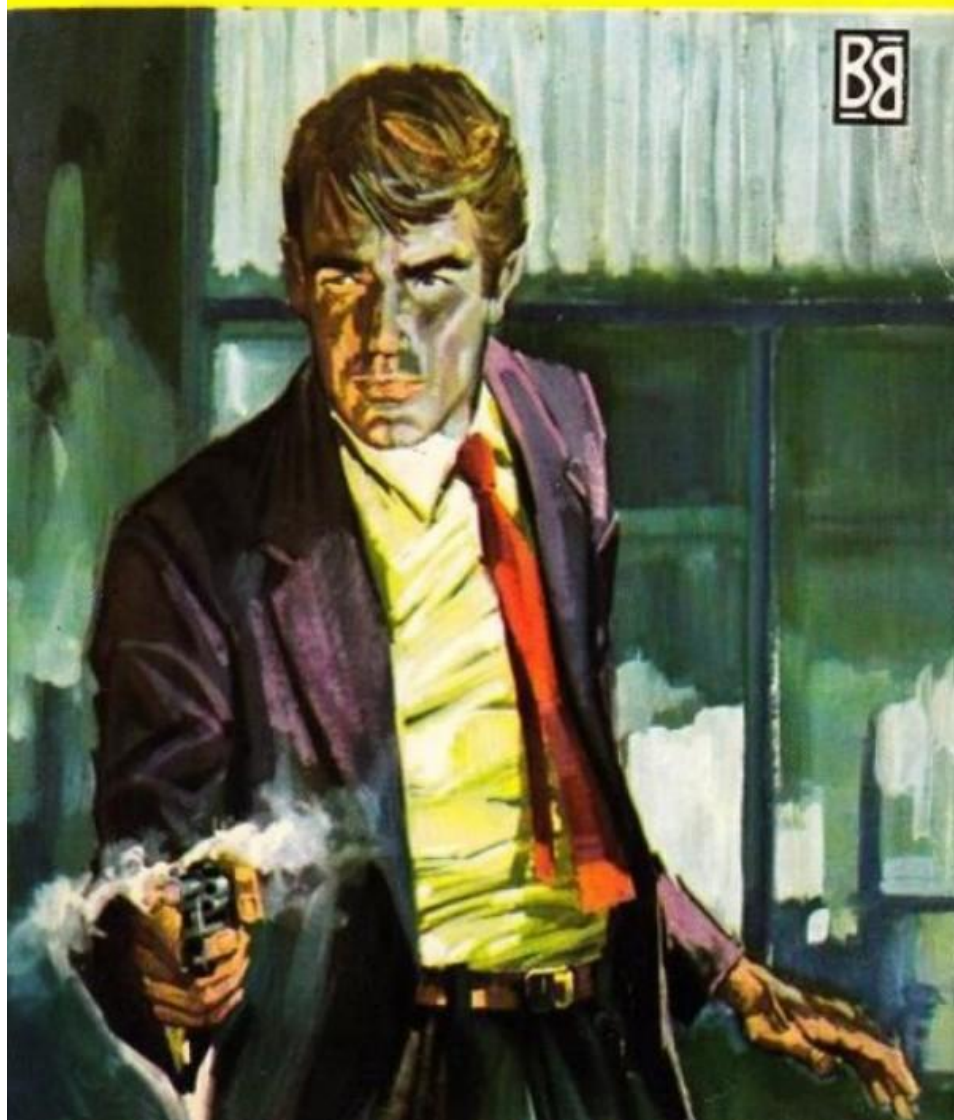


PUNTO
ROJO

el asesino es el autor

peter debry



EL ASESINO ES EL AUTOR

DAVID
MARTEL



CLEMENTINA

G.R.



PETER DEBRY

EL ASESINO ES EL AUTOR

PUNTO ROJO n.º 201

**Publicación semanal
Aparece los SABADOS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO**



Depósito Legal B 35.297-1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1966

© PETER DEBRY - 1966

sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1966

sobre la cubierta

CANILLO Y COSTA – 1966 *sobre las ilustraciones interiores*

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

N. R. 9.032/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

945 — Pielés blancas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

804 — El nombre del muerto.

En Colección BÚFALO:

644 — Manada salvaje.

En Colección CALIFORNIA:

77 — Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS

501 — El trono del rebelde.

En Colección COLORADO:

412 — Honor de matón.

En Colección PUNTO ROJO:

170 — Cazador de fugitivas.

En Colección METRALLA:

16 — Pánico en Saint Tropez.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

177 — Turismo sangriento.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

95 — Melodía siniestra.

En Colección ASES DEL OESTE:

318 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección BRAVO OESTE:

240 — La sombra del desesperado.

En Colección KANSAS:

380 — Cosacos en California.

CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó de la manera más vulgar y cotidiana. Con una visita al formidable edificio, subdividido en numerosas secciones, que era la sede editorial de diversas publicaciones de gran éxito.

La sección “Magazines” era dirigida por Albert Bogard. Habíamos sido amigos. Penetré en la antesala y, al fondo, tras su mesita en forma de habichuela blanca, se hallaba una distinguida recepcionista.

—¿Albert Bogard? —pregunté suavemente.

Reinaban el silencio, el orden y la limpieza. Elevar la voz me hubiese parecido irrespetuoso.

—¿Tiene cita, señor?

—Sí, a las cuatro.

—¿De parte de quién, señor?

—David Martel.

—Tenga la bondad de sentarse. Allí, por favor.

El brazo femenino se tendió señalándome un lugar lejano. Atravesé nuevamente, en sentido inverso, aquel tablero de mosaicos negros y blancos. Me daba la impresión de efectuar la segunda jugada de una partida de ajedrez.

La reina blanca se disponía a merendarse el peón negro.

Desde el butacón en el cual me hundí tenía una toma de vista directa bajo la mesita. Unas piernas preciosas, muy honestamente juntas, pero que daban vértigo.

La recepcionista manejaba un teléfono interior. Después, ahorquillando con delicadeza, se levantó, sonriéndome. Amable, fría y lejana.

—El señor Bogard le espera. ¿Tiene la bondad?

La seguí. Destilaba aroma a sensatez, disciplina y honestidad. Tres virtudes que procuraba yo tener, inútilmente.

Además, era una esbelta delicia andante. Se detuvo. No choqué con ella por milímetros. Abrióme la puerta y entré en el despacho del jefe Bogard.

Teníamos la misma edad: treinta años. Pero la prosperidad y la conciencia del deber cumplido, conservan.

Albert Bogard parecía un campeón deportivo, recién salido de la ducha. Su espejo, al afeitarse, no le debía reproducir la imagen que el mío me proporcionaba.

Mi espejo siempre me decía lo mismo: “Bebes demasiado para olvidar tu descontento. Fumas demasiado para disimular tu nerviosismo de

hombre acosado por tus fracasos”.

De un simple vistazo, Bogard juzgó mi estado actual. Traje necesitado de lavandería, camisa que fue elegante y corbata deslustrada.

Sus párpados velaron un instante sus penetrantes pupilas. Luego me miró afablemente, cordialmente compasivo.

—Hace algún tiempo que no nos veíamos, David. ¿Cómo sigues? ¿Qué tal tus ideas bestialmente geniales?

Reímos. Hubo un tiempo en que yo tenía plena fe en mis “ideas bestialmente geniales”. Luego, los que me apreciaban, fueron perdiendo la fe.

—Todo ha cambiado. Se nota que la empresa prospera.

—Ha prosperado. Tú también pudiste prosperar, David. Conste que no es reproche, sino comentario. Hace tres años, cuando dijiste que hallarías la fortuna en Venezuela, te conseguimos un buen empleo allá.

—Sí, pero preferí creer en las majaderías que me contaron acerca de un lago fabuloso, donde estaba enterrado el tesoro de un conquistador.

—Un tesoro que tal vez existió —quiso admitir Bogard.

—Cuando llegué, ni el lago existía. Y me encontré a dos mil kilómetros de toda civilización. Con una mula reventada. El guía escapó con mi equipo y tardé cuatro meses en reincorporarme a la jungla de asfalto.

—Si solamente hubiera sido una aventura más... —suspiró Bogard.

—Lo malo es que fui a aterrizar a la cárcel. Allá no les gustan los extranjeros que contraen deudas, inventando estar respaldados financieramente por una empresa seria como esta.

—Exacto. Celebro tengas el buen gusto de reconocer que me pusiste en un apuro. Causó mal efecto que un empleado nuestro fuese acusado de... digamos, informalidad.

—Por esto mismo he comprendido perfectamente que no pudieses obtenerme un reingreso.

Era evidente que Bogard sentíase algo molesto de volverme a ver. Yo también lo estaba, porque venía a pedirle algo. Lo adiviné.

—Bien, dime ya cuál es tu nueva idea bestialmente genial.

—Esta vez es algo serio. ¿Conoces a Serfati, el multimillonario argelino?

—De oídas. Sé que ha adquirido varias industrias en Francia. Algunas textiles.

—Eso es. Lanza un artículo. El “Bonboncol”, la malla adhesiva. Serfati me confía un presupuesto de trescientos mil francos fuertes para rodar un film publicitario, cuyo guion le propuse.

La pausa de silencio se masticó. Era lógico que Bogard pensase que Serfati era un temerario imprudente. Pero, correctamente, se limitó a decir:

—Es innegable que tu guion debe ser potable.

—Cinco minutos comerciales. Le gusta a Serfati. Tengo, pues, el guion, el material, la pasta... Bueno, el dinero. Me falta una chica. Una modelo. Serfati quiere una modelo ya conocida. He pensado en Liana Turgys.

Bogard dejó escapar un leve silbido. Aclaró:

—La tenemos bajo contrato para nuestra revista ilustrada. En fin, puedo arreglarlo. ¿Conoces a la Turgys?

—De vista. ¿Qué estilo es el suyo?

—El estilo que produce dolores de muelas —y por el dictáfono solicitó le pusieran en comunicación con la modelo, en su residencia particular.

En la espera, comentó:

—Lo único que te pido es que no me compliques la existencia. Ya sé que tienes muy buenas intenciones, pero no sé cómo te las compones para ser tan follonista. De lo más sencillo consigues organizar un lío espantoso.

Reímos. Ni él ni yo podíamos adivinar que aquel comentario iba a convertirse en trágica profecía.

Repicó el teléfono. Me tendió Bogard un auricular supletorio.

—¿Liana? Aquí Albert Bogard. Escuche, mi buena amiga, tengo que pedirle un favor. Se trata de cine. Serfati, el financiero, lanza una malla y me preguntó si conocía la modelo adecuada. He pensado en usted.

—¿Quién filmará?

—David Martel.

—No le conozco.

Bogard arqueó las cejas. Su entonación adquirió un matiz sorprendido:

—Es asombroso. Precisamente Martel es el famoso cineasta que rodó “El tesoro del Lago”. Un especialista en ideas bestialmente geniales.

—Oiga, oiga... Espero que no pretenderá filmarme indecorosamente.

—No, no. Es propaganda para prenda interior invernal, no para campo desnudista. Le garantizo que el argumento de Martel es extremadamente...

Buscó el adjetivo. Le soplé: “Expresionista abstracto”.

Liana Turgys se quedó pensativa y dijo:

—Ah... Bueno... Pero antes quiero leer el *script*. Envíeme a su cebra.

Colgamos los tres. Pregunté:

—¿Quién es tu cebra?

—Ella llama así a todos los que tienen que ver con papel escrito. Supongo será su eufemismo entre cabra y demente. ¿Algo más, David?

—Gracias. Te tendré al corriente.

Así fue como nos embarcamos él, y varios más, en el lío más espantoso que jamás pudo yo imaginarme.

A doscientos metros encontré a Clementina merendando. No me vio llegar. La besé junto a la orejita.

—Ya he visto a Bogard para el film de Serfati.

—¿Y qué? Te deseó suerte y dijo que ni hablar, ¿verdad?

Tenía aspecto escéptico. No podía yo reprochárselo. Hacía ya un par de

años que nos conocíamos y un mes de cada dos tenía que prestarme lo preciso para poder fumar, comer y beber.

—Ha sido generoso. Me encontró la chica para posar. Nada menos que Liana Turks.

—¿Y qué diablos tiene ella que no tenga yo?

No contesté. En casos similares, el silencio era lo prudente. Ya había yo pensado en Clementina. Tenía unos ojazos verdes preciosos y un cuerpo que era un poema.

Me habría ahorrado lo que tendríamos que pagarle a Liana. Pero Serfati quería una modelo conocida. Y Clementina era conocida como traductora en la Unesco. No como modelo.

Con ademán decidido, Cleo vació el resto de su “Amer-Picón” y decretó:

—Esta chica me revienta.

—Pero si no la conoces, muchacha.

—Me sobra con sus fotos. Tiene mirada de vaca hambrienta. Le sobra busto y le faltan asentaderas.

—Parece mentira que seas bachiller y políglota —comenté para despistarla de aquella senda peligrosa.

Levantándose, dijo:

—Me voy. Tengo trabajo. No soy como el caballero que se dedica ahora a filmar vete a saber qué... Tú pagas. Comprendí que estaba algo así como celosa. Lo que ella se tomaba, lógico era que lo pagase.

Por suerte, Serfati me había hecho un anticipo como gastos de representación. Pero decidí visitar a Liana a domicilio. Invitarla hubiera sido una imprudencia.

En su casa imperaba un mal gusto atroz. Y Liana Turgys vestía peor que su mobiliario. Un pantalón rojo ceñido, una blusa larga flotante y unas zapatillas de ciclista.

Por lo demás, tenía con qué rellenar bien unas mallas. Me tendió una mano lánguidamente. Y sentándose en un trasto raro, me señaló otro recipiente en forma de ostra. Era práctica y directa:

—Léame su argumento. O, mejor, hábleme de la idea bestialmente genial.

—¿Conoce usted a Margarita de Borgoña?

—Ah... Debe ser la que escribió “El segundo sexo”.

No quise enmendar el error. Cada cual tiene derecho a su propia incultura. Dije diplomáticamente:

—Para mí, usted es Margarita de Borgoña.

Eso la dejó boquiabierta. Tenía ojos vacunos y boca glotona. Pero había sido calumniada en el resto, que era de primera calidad.

Le aclaré:

—Margarita de Borgoña era reina, adúltera y asesina.

Los párpados de Liana temblaron de emocionada satisfacción.

—Estupendo. ¿Y el argumento, más o menos?

—En la primera secuencia aparece usted con una larga camisa de noche. Blanca, cándida, pura. Y en la cabeza lleva usted un capirote.

—¿Un... qué?

—El cucurucho puntiagudo que llevaban las damas de antaño.

—Ah... Ya veo. Estupendo.

La pobre era tonta. Por eso salía tan formidable posando para historietas de amores trágicos.

—Usted baila en torno a sus amantes, representados por dos corazas. Pero le desagradan. Los rechaza. Las corazas se desploman. Entonces aparece el tercer amante. Un pelele.

—¿Cómo es eso?

—Un muñeco articulado. Viste una malla “Bonboncol”. El sí que le gusta. Usted baila apasionadamente en torno. Y de pronto, arrobada de amor, se arranca usted el camisón. Y aparece moldeada por una malla “Bonboncol”. Eso es todo.

—Es histórico, ¿no?

—Más o menos, sí.

—Pero, ¿yo no digo nada?

—Sí. Usted dirá: “Bonboncol”. Pero con voz inspirada. Se habrá dado cuenta que es original, no tiene nada de vulgar y, como lo ha hecho notar tan acertadamente, tiene un fondo histórico.

Asintió ella satisfecha. Despidiéndome, insinuó:

—¿Está seguro de que Margarita de Borgoña llevaba “Bonboncol”?

—¿Quién sabe? Tendría otro nombre. Eso es todo. En unos estudios de Boulogne, alquilados por “Bonboncol”, rodamos el film. Hubo más jaleo que si se tratase de una superproducción romana. Liana se quejaba de todo.

Serfati quería saber si las corazas eran auténticas. Las garanticé enseñándole fotos de la época. No le aclaré la época.

Por fin, a las ocho de la noche ya tenía la última secuencia metida en lata, cuando Liana chilló:

—¡Ay! Me olvidé de quitarme el reloj de pulsera.

Empezó la gran discusión. Los que aseguraban que no había relojes de pulsera en aquel tiempo. Los que afirmaban que era un toque original. Estos repetían lo que yo insinué.

Serfati no ganaba millones por romántico. Preguntó por la marca del reloj. Decretó:

—Ya está. Combinamos reloj y malla. Propaganda doble.

La fábrica relojera, consultada por conferencia a larga distancia, se negó con gran energía a asociarse. Por último, todo se resolvió. El cameramen afirmó que el reloj quedaba invisible.

Regresé casi andando sobre las rodillas. En mi buhardilla, Cleo me aguardaba, leyendo las aventuras del agente 007.

—Ya está. Todo salió pasable. ¿A qué no sabes a quién le he dado el film para revelarlo?

—A Roland Foret.

—¿Cómo lo adivinaste, caray?

Ella me miró con frialdad, bien informada:

—Porque Roland te cobrará menos que otro y así te guardarás la diferencia.

No cabía duda, me conocía bien.

Al día siguiente, Serfati adoptó la actitud del productor experto: repantigado en la butaca, gafas negras, habano gigantesco y expresión dura. Ordenó:

—Rueden.

La luz se apagó. La pantalla se iluminó. En segundos, mi film iba a aparecer.

Apareció una fachada cubierta de yedra trepadora. La cámara resbaló hacia un pórtico monumental, cuya cornisa plasmó unos instantes, antes de mostrar una reja de hierro forjado.

Y cuando comprendí que nunca había visto aquella fachada, porque ni reja, oí gruñir a Serfati:

—¿Qué cuernos pasa? ¿Qué porquería es esta?

La cámara se inmovilizaba sobre una ventana abierta. Un hombre desconocido se acodaba en la ventana. Miraba frente a sí con aire grave. Sus negros ojos, juntos bajo espesas cejas, paseaban una mirada de aburrimiento hacia abajo.

—Pero... ¿qué solemne idiotez es esta? —gemía Serfati.

—Puede que sea una prueba preliminar —intenté aplacarle.

—¿Una prueba de qué, maldición?

Eso sí que no podía yo contestarlo. Siguió el ronroneo del proyector.

Entonces aparecieron un grupo de desconocidos disfrazados en forma rara, en una sala desconocida, bajo una inmensa araña luminosa.

En un estrado se agitaban tres piratas armados de un saxo, un clarinete y una batería.

Serfati estalló:

—Pero, ¿dónde está Liana? ¿Qué pasa aquí? Quiero saberlo, quiero comprenderlo.

Él quería comprenderlo. Y yo también.

—¡Paren ya! ¡Luces! —aullaba Serfati.

Corrí al teléfono, anunciando:

—Comunicaré con el laboratorio que reveló la película.

Parecía como si Roland Foret me aguardase pegado al auricular.

—Oye, David, me equivoqué. Figúrate...

—Que me has dado el rollo de otro cliente. Comprendido. ¿Dónde está mi rollo?

—En casa del otro cliente. Está furioso.

A mi lado imprecó Serfati:

—¿Qué vergajo dice?

—Que sabe dónde está el film —le tranquilicé.

—El film debe estar en mi casa a las ocho. ¡Tengo invitados!

—Oye, Roland, ¿cómo se llama tu cliente?

—Korsac. Sacha Korsac. Una voz ronca, ahogada, preguntó:

—¿Quién, quién?

—Le llamo de parte de Roland Foret, que...

—Ya sé, ya sé. Es algo inconcebible... Necesito inmediatamente mi film.

—Inmediatamente se lo llevamos.

La voz de duro acento exótico se hizo más cortés:

—Su cinta está aquí. Le espero.

Colgué, preguntándole a Serfati:

—¿Me presta su coche?

—Voy con usted. El coche es como la estilográfica y el cepillo de dientes. No se presta ni a la esposa.

Si me llega a prestar su bólido, no llego nunca. Tenía un cuadrante tan complejo como los mandos de un bombardero supersónico.

Al querer conectar el encendedor disparé dos chorros de agua por el cristal del parabrisas. Y estirando de lo que creí ser un cenicero, recibí en las piernas una ráfaga de polar.

Serfati masticaba su habano. Conducía como un patrullero, porque le tenían sin cuidado las luces rojas.

Se detuvo en una esquina y respiró aliviado, Dijo: —Sentido único en esta cochina calle. Espero aquí. Llévase esta porquería, carape —y designaba las dos latas circulares conteniendo el negativo y la copia.

Arrancó, penetrando en un aparcamiento. Bajé. El encargado era un norteafricano. Fumaba sentado en el estribo de un camión, oyendo su transistor. Barrière cantaba: “Ma vie”.

En el inmueble número 7, Barrière seguía cantando *Su Vida*. Busqué a tientas el minuterio de luces. No lo encontré y subí a oscuras.

En el primer piso un varón vociferaba:

—¿Se cena o no se cena? ¿Qué hay de cena?

—Coliflor, carne mechada y salsa verde —respondió la reina del hogar.

En el segundo piso el silencio era espeso. Logré hallar el botón y en el tercer piso resoplé. El olor apestoso a coliflor me perseguía. Después, el olor se hizo rancio. A grasa fría, a humedad. En el sexto piso, la bombilla estaba rota. Rasqué un fósforo, y leí sobre la puerta:

SACHA KORSAC DUPONT
Restauración de objetos antiguos

No había timbre. Llamé a la puerta y se abrió sola.

Más abajo, la voz gangosa de Aznavour proclamaba: “Voy a decirte adiós”.

Me encontré en una especie de taller. Enfrente una lámpara articulada iluminaba un tríptico medieval, representando la adoración de los Reyes Magos.

Había pinceles, cubiletes, tubos de pintura. Bajo el alto taburete de dibujante había un zapato. De tacón muy torcido.

—¿Señor Korsac? —pregunté.

Cerré la puerta a mí espalda. Chasqueó el pestillo y se calló Aznavour.

Cerca de la ventana, de cortina corrida, había una mesa con restos de cena: grasa de jamón, cartón de yogourth, un vaso con algo de vino, una botella de tinto, medio vacía.

Había una puerta entreabierta. Y también allí dentro la luz estaba encendida. Me acerqué y empujé el batiente.

Para mí, a primera vista, aquel hombre tendido en la cama, descansaba. Sólo que descansaba en forma rara.

Oí perfectamente el tamborileo repicándome desde la zona entre estómago y nuez. Redoblaba el corazón contra mis costillas.

No cabía la menor duda.

Alguien había asesinado a Sacha Korsac.

CAPÍTULO II

Sacha Korsac miraba el techo con ojos del todo abiertos. Tenía una gran brecha tras la oreja derecha. Sangre negra empapaba su rojo mostacho.

La sien izquierda tenía un agujerito.

Con ribetes azules y en torno la pólvora había formado un granulado gris oscuro.

Uno de los pies del muerto estaba calzado. El otro zapato se hallaba en el taller.

Mientras esperaba a que los latidos cardíacos se apaciguasen un poco, mi cerebro solamente sabía repetir:

—Un zapato está allí y el otro aquí.

O sea que seguramente el individuo acababa de ser asesinado en el taller y transportado a la cama.

Y bruscamente dos ideas se impusieron: recuperar mi film y salir de estampía. Lancé miradas febriles en torno. Pasé al taller. Había también un cuchitril-cocina.

A los diez minutos, ya había descubierto que allí no estaba mi film. Sin embargo, por teléfono Korsac había sido explícito y afirmativo. Tenía mi rollo.

Lo único cierto ahora era que la película había desaparecido y Serfati me esperaba. Fui apagando las luces.

Iba a salir cuando recordé que había dejado las dos latas planas sobre la mesa del taller.

No era absurdo pensar que el asesino había venido para apoderarse de aquella extraña película. Volví a encender la luz del taller.

Al lado de las dos latas había una carta. Mejor dicho, un principio de carta, que Korsac no tuvo tiempo de terminar:

“Querido señor Damiel:

“Referente a nuestro pequeño negocio, creo que todo irá bien. Como deseamos usted y...”

Recogí las dos latas y deslicé la carta en mi bolsillo. Todo por un reflejo de mí instinto.

Este instinto que, en los años precedentes, me había arrastrado de ideas geniales a catástrofes.

Dejé la luz encendida y cerré cuidadosamente la puerta.

En el primer piso, la voz masculina decía:

—... Estoy ya hasta la coronilla de salsita y coliflor, ¿te enteras?

En el estacionamiento, el norteafricano seguía embelesado con su transistor. Gilbert Becaud bramaba: “Nosotros, los compinches”.

Serfati me acogió impaciente:

—Estuvieron de gran charla, por lo que tardó, ¡leñe!

—Nada de charla —y pese al frío, me sudaba la cara—. El fulano se fue.

—¿Cómo? ¿Cómo que se fue? —ladró Serfati—. ¡Dijo que esperaba!

—Pues no esperó. Se fue al otro barrio. Entendámonos. Tenía una cita urgente. Volverá mañana. Lo dejó escrito en la puerta.

Serfati golpeó rabiosamente sobre su volante, gritando:

—¿Y qué hago con mis malditos invitados, ahora? ¿Qué voy a proyectarles?

Ya empezaba a calentarme el greco-hebreo-parisién.

—Écheles “Charlot basurero”. Nunca pasa de moda.

—¿Chistes ahora? ¡Vaya a echar abajo la puerta y recupere mi film!

—¡Vaya usted a la... puerta! Trabaje alguna vez en su vida, recorcho.

Se puso a tartamudear de furia.

—Mise... miserable, inso... insolente. ¡Ya sabrá... quién soy yo!

Y lanzó su bólide con impetuosa embalada.

Yo también embale a pie, alejándome del lugar. Por el Boulevard Clichy acudían dos gendarmes. Iban de ronda.

Fue entonces cuando pensé que lo más sencillo era entrar en la primera comisaría y decirles que en el sexto del número 7 de Leveque, un cadáver les aguardaba.

Pero, desgraciadamente, las soluciones sencillas nunca me han interesado.

Fui a una cabina telefónica. No encontré a Bogard en la editorial, pero sí estaba en su domicilio, y le comuniqué:

—Aquí, David al habla. Tengo que verte urgente. Luego te explicaré. ¿Tienes un proyector de ocho milímetros?

—Sí, claro, pero...

—Instálalo. Ya te explicaré. Voy.

En el “living” me aguardaba un *whisky* bien servido. Me vino bien. Dije:

—Déjame llegar hasta el final, Albert. Roland Foret revela el film, y se equivoca, enviándolo a un tal Sacha Korsac. Y yo tengo el film de Korsac, que parece ansioso de recuperarlo. Voy a su casa, porque me está esperando para que cambiemos. Llego allá y lo encuentro muerto.

Bogard sirvió nuevas raciones. Fruncía las cejas, pero su ascético semblante expresaba únicamente resignación. Acabé de exponerle:

—Asesinado. Y desapareció mi film. Comprenderás que no es culpa mía. Llámalo fatalidad, mala suerte, gafe, destino, lo que sea. Pero no me he buscado este lío.

—Puede que tu muerto haya sido asesinado por algún motivo que nada tenga que ver con tu film. En fin, vamos a ver este rollo.

A oscuras resaltaba más el tic-tac del enorme péndulo. Un reloj de pared, respetable y monumental antigüedad, que adornaba originalmente el moderno salón-despacho y biblioteca.

Volví a ver la fachada, el hombre en la ventana, el brusco movimiento hacia arriba de la cámara.

—Fíjate bien —le recomendé a Bogard.

Y detuve la proyección.

—¿Qué opinas?

—Pues que la imagen ha sido tomada clandestinamente.

—Eso es. Hay manchas imprecisas que han velado un instante la visibilidad de la ventana. El que filmaba estaba escondido tras algún arbusto.

—Eso parece.

Volví a proyectar. La cámara se zambullía ahora en una gran sala. La imagen era borrosa, casi negra, pero se distinguían perfectamente los personajes disfrazados.

—Parece una lúgubre mascarada —comentó Bogard.

Unas diez parejas bailando lánguidamente. Tres o cuatro dominós contemplaban, aburridos. Sobre el estrado, un trío rítmico ondulaba las caderas, agarrados a una guitarra eléctrica.

Delante de ellos, asido a un micro portable, se agitaba un individuo disfrazado de corsario de opereta. De ojos aterciopelados y de gruesos labios, que se abrían y cerraban en silencio.

—La completa imagen del fastidio en compañía —masculló Bogard.

La fiesta debía haberse acabado. La pista y el estrado vacíos. Pero un dominó, en pie, tocaba la batería, seguramente por curiosidad.

Y de pronto un tipo vestido de marqués Luis XV aparecía corriendo, perseguido por dos dominós. Lo que seguía era breve y violento.

El marqués, alcanzado, parecía aullar debatiéndose. Un dominó que intentaba rodearle el talle, se doblaba a efectos del patadón en el vientre. Entonces, el que estaba en la batería saltaba inmovilizando al marqués.

Lo arrastraban hacia la escalera, a cuya barandilla el marqués se aferraba como una lapa, convulso el rostro de pánico.

Una mujer con crinolinas aparecía entonces. Y un dominó la cogía del codo para apartarla. El film se detuvo en seco. Negrura.

—Bueno, ¿qué opinas? —pregunté.

—Pues que es interesante de pronto. El viejo de la ventana, el que está vestido de hidalgo español, es nada menos que Miguel Retamar.

—¿Importante?

—Su excelencia Miguel Retamar, ministro sin cartera, centroamericano. Una autoridad en su país. Actual mente en viaje por Europa, para efectuar

contactos políticos y económicos. Precisamente, hará cosa de un mes, escribimos un reportaje sobre él. Luego, nada.

—Entonces, supongamos que ha sido secuestrado.

—No dejes que tu imaginación vuele. Lo único cierto es que este film ha sido rodado clandestinamente. Yo, en tu lugar, iría a pedirle informes a tu amigo Forest sobre Korsac. Yo me ocuparé del resto. Me dejas la copia y te llevas el original.

En el taxi pensé que se me presentaba la ocasión de salir de la mediocridad. Con un asunto así y, suponiendo que lograra desenredarlo, cualquier periódico me pagaría una buena cifra por la exclusiva.

—Vaya follón —fue el comentario de Foret cuando le conté todo.

—Y que lo digas. Ahora, explícame lo que sepas de muerto. De Korsac.

—Es la primera vez que me dio un film para revelar Su clientela habitual es del género fotografías color menta, ¿comprendes?

—¿No te hizo ninguna recomendación especial para su film?

—Que tenía prisa. Todos tienen prisa. Y al ir revelando el film, pensé que la última escena era para escamarse. Y ahora resulta que tu film de propaganda hi desaparecido.

—Sin embargo, cuando le telefoneé me aseguró que lo tenía.

—Y estás seguro de que lo han asesinado?

—No cabe la menor duda.

—Entonces, hijo mío, cuídate mucho.

Camino de mí nido, empecé a cuidarme. En todas las sombras veía asesinos agazapados.

No era aprensión, sino certeza. Si la muerte de Korsac tenía relación con el film, los asesinos apenas se dieran cuenta del error, viendo a Liana en Bonboncol, darían pronto con mi pista.

No fue con mi habitual despreocupación como penetré en el patio, por cuya escalera se llegaba a mí piso. Por costumbre, no pulsaba el botón-minutero que iluminaba el patio.

Esta vez lo apreté a fondo, lo mismo hice con los de cada rellano, hasta introducir la llave en la cerradura de mí puerta.

La abrí con leve empujón y salté a un lado. Había luz filtrándose bajo la puerta de mí “living”. Me aproximé con pasos de lobo y abrí repentinamente.

Clementina, tendida sobre el sofá, pegó un salto de carpa y chilló:

—¿Te has vuelto majareta?

Fui a mirar por la ventana. El patio estaba a oscuras. Volviéndome, dije:

—Estuve con Bogard.

—Cuando hay que mentir, es preciso por lo menos tener continuidad en las ideas. Me dijiste que ibas a verte con Serfati.

—Efectivamente.

—Entonces, permíteme que te diga que no comprendo nada.

—Ni lo intentes. Es algo complicado. Hazme un favor, ¿quieres? Déjame en paz. Perdí mi film.

—O sea que Serfati te mandó al cuerno finalmente.

—Fui a recuperar mi film, sin encontrarlo.

—El que lo tenga lo habrá cogido para darse una ración de vista contemplando a la ternera de Liana.

—Me extrañaría mucho.

—¿Por qué?

—El, en todo caso, está más que frío.

—¡Magnífico, magnífico! Explica, explica.

—Está muerto.

—Hay que ver lo mal que mientes cuando quieres hacerte el interesado.

—Lo soy, sin mentir. El tipo fue asesinado de un balazo en la cabeza, y fui yo el que lo encontré. Y ahora lárgate para que pueda poner orden en mi seso.

Se largó, pero casi una hora después. Dejándome el seso aún peor. Dormí como un lirón. Hasta que un sirenazo me barrenó las sienes. Me encontré sentado, palpitante.

Ya habían dado con mi pista. Miré la caja plana y redonda al lado del teléfono. Era el maldito aparato el que tintineaba.

—¿Dormiste bien? —me preguntó Bogard.

—Pasable —y el torno que me apretaba los pulmones se aflojó.

—Yo poco. Te llamo desde mi despacho. No hay nadie.

—Oye, que son las siete.

—¿Sí? Pues ven a verme inmediatamente. Urgente.

La recepción de la “Interpress” estaba desierta. Con excepción de dos jamonas pasando el aspirador.

En su despacho, Bogard barajaba fotos y recortes. Me tendió uno. Leí: “Su excelencia, el senador Miguel Retamar, ministro de la República Sancolombina, ha alquilado el Manoir¹ de las Glicinas, cerca de Perray, como residencia durante su permanencia en Europa”.

—¡Eres grande, Albert! —exclamé complacido.

—Trabajo de firme, simplemente. Voy a extenderte un recibo por tres mil, a cuenta de la Caja para Gastos imprevistos. No has de informar a nadie más que a mí de tus investigaciones. A otra cosa. ¿Sabes quién es el tipo del estrado?

—¿Cuál?

Me presentó una foto con su recorte informativo. El titular decía: “Mike Mistral, veinte años, tres canciones, cien mil discos, un millón de fanes”.

Identifiqué al cantante del film. En la foto, en vez de tricornio corsario, lucía un flequillo. Seguía un inventario de los bienes materiales de Mike Mistral.

Setenta y cinco trajes, seiscientas corbatas pintadas a mano, etcétera.

—El reportaje es del año pasado. Va pasando de moda. Adquirirás información actual, aquí.

Me mostró una foto representando una fachada construida en el estilo futurista de las estaciones gasolineras. El chalet de Mike Mistral en Meudon.

A primera vista, el chalet de Mike, de cerca, me pareció deshabitado. Bajo mis suelas crujía la gravilla. En medio del jardín había un pequeño estanque con surtidor. Atrás, una piscina.

Subí los peldaños y presioné el timbre. Lo oí carillonear. Nada se movía dentro de la casa.

Encendí un cigarrillo y volví a dar timbrazos. Esta vez algo se movió, pero no dentro, sino a mis espaldas.

El tipo estaba en la alameda del jardín. Un metro noventa, anatomía bestial, y ojillos azules que me detallaban. Escupió el palillo que estaba chupando.

—¿Busca a alguien?

—A Mike Mistral.

Inclinó la testa, paseó la puntera del zapato por la gravilla con aire absorto y respondió:

—No está.

Opté por imitar su estilo telegrama.

—¿Cuándo volverá?

—¿Para qué quiere verle?

—No quiero verle, quiero hablarle.

—Si le habla, tiene que verlo —objetó con gran talento.

—Puede hablarme a través de una puerta, ¿no?

—Le dije que no está.

—Volvamos a empezar. ¿Cuándo regresará?

—¿Periodista?

—¡Puro y copa para el caballero! ¡Acertó! —sonreí.

Él también. Dio un paso más y ordenó:

—Te largas. Ya.

El tuteo no presagiaba amistad. Pero, para largarme, me era preciso pasar por delante de él. Y su apariencia calmada, indolente, me escamaba. Repitió:

—Te largas. Ya.

—Me largo, me largo. No es necesario que te encrespes.

Su manaza me agarró un hombro. Me miraba fija, mente:

—Nunca me encrespo, ¿te enteras?

—Y tiene razón. La cólera es mala consejera. Me largo.

Al segundo siguiente tomé contacto directo con la gavilla. Pero con las manos. Me había hecho una zancadilla muy traicionera.

Levantándome, le contemplé. Él también me contemplaba. Colgantes los brazos, bamboleando levemente de una puntera a otra. Preguntó amable:

—¿Se hizo daño?

—No, no, que va. Tropecé.

—La próxima vez mire donde pone los pies.

Hizo una pausa bien marcada y agregó:

—Si es que hay una próxima vez.

Sacando un palillo empezó a rumiarlo. La entrevista había terminado.

Me alejé sin demostrar demasiada prisa.

Llegué intacto al primer teléfono y le expliqué a Bogard la primera toma de contacto. Resumí:

—Como ves, ha sido un éxito total.

—Me agrada tu optimismo.

—Si me han recibido así es que hay gato encerrado. Este gato puede oírle maullar en la residencia del caballero Retamar.

—Perfecto. Suerte. Y ten cuidado. El gato puede salirte tigre.

Me salió tigresa.

CAPÍTULO III

Esperando en el vestíbulo, ya había averiguado algo. La fachada no tenía yedra y no se parecía en nada a la del film.

Para entretener la espera pasé revista a los cuadros de antepasados de los legítimos propietarios del Manoir. Caballeros severos, damas cloróticas, nenes raquíuticos. Generaciones de la rancia familia De Montelos.

Para calmar mi nerviosismo me dediqué a un juego de psicópata. Consistía en pisar solamente las losetas grises.

El mayordomo reapareció surgiendo de la penumbra de un pasillo.

—La señora le recibirá —y un ademán majestuoso me orientó.

Por su aspecto, comprendí al primer abordaje que no me haría ninguna zancadilla. Pero, seguido de su sombra silenciosa, que parecía desplazarse sobre una nube, me pregunté qué clase de golpe me atizaría.

Dado el ambiente y los cuadros, sacaría una daga.

El salón donde entré era más cordial que el vestíbulo de armaduras. Querubines mofletudos por los paneles.

En el techo, Febo atrayendo ninfas hacia sus rayos dorados.

La mujer que acudió tendría unos treinta años. Negro cabello con un mechón gris. Ojos almendrados, negrísimos. Y boca de pez orgulloso.

Dolores de Retamar, o Lola para los íntimos, se movía con la gracia de una diosa, pero con diez veces más de sexy.

—No logré entender bien su nombre, señor...

—Jean Dupont.

Opté por el género caballero del sur, y le besé la mano que me tendía, murmurando:

—Honradísimo, excelencia.

Ella rio como una chiquilla divertida.

—No se moleste, pero no tengo título.

La pronunciación era casi perfecta. Solamente la “u” y el canturreo denotaban su origen americano-hispano. Sentándose, me designó otro sillón.

Mirándola bien, debía tener sangre india. Unas gotas. Las bastantes para darle un semblante hermético y una mirada impasible.

Me observaba en silencio. Pasó un minuto. Sólo se me ocurrió decir:

—Soy periodista.

—¿Ah, sí? ¿De qué periódico?

—“Fígaro” —y me dispuse a sacar un viejo carnet de tiempos lejanos.

—Supongo que desea ver a mi marido.

—Eso es, señora.

—Debieron decirle que no estaba en casa.

—¿De viaje?

Su sonrisa fue angelical:

—Seguramente.

—¿No está segura?

—Si le dije seguramente, significa que estoy segura.

—Nosotros los franceses le damos un matiz dubitativo al seguramente.

—En francés moderno es posible, pero en francés gramatical no.

No había ido ya a estudiar terminología aplicada.

—Por consiguiente, está de viaje —reiteré.

—Tiene usted, seguramente, una memoria excelente.

—Perdón, no comprendo, señora.

—No necesita siquiera tomar nota de mis respuestas. Saqué bloc y bolígrafo. Con astucia dejé caer como por descuido mi carnet de Prensa. Llevaba el seudónimo que empleé en Caracas: Jean Dupont.

—Seguramente, su excelencia estará de viaje por los países del Mercado Común. ¿Alemania, quizá?

—En efecto.

—¿Bonn?

—Bonn, Frankfurt, Múnich. No es un viaje oficial, señor...

Se inclinó hacia delante:

—... Señor Dupont. Su carnet se le ha caído.

Tendí el brazo, pero se me anticipó, y sin mirarlo, empezó a abanicarse con el carnet.

—Le estaba diciendo que el viaje de mí esposo es oficioso. Quiero dejar bien sentado que estoy dispuesta a contestar a cualquier pregunta de orden general, pero no informarle sobre el viaje de mí esposo.

Me rasqué la sien con el lápiz, insinuando:

—Bien... ¿por dónde podríamos empezar, señora?

Su sonrisa era arrobadora:

—Pregúnteme si me gusta Francia.

—¿Le gusta Francia?

—Mucho.

—¿Mucho?

—Mucho.

Tragué saliva y apunté: "Francia. Gusta mucho".

Hice memoria de las entrevistas con señoras de la alta sociedad.

—¿Cuál es su animal preferido?

—La zibelina.

Anoté: "Zibelina". Ella alargó otra vez la mano, para coger el teléfono. Y la otra para devolverme el carnet. Me rogó:

—Por favor, ¿el número del “Figaro”?

—ELY 66-14.

Discó. De perfil estaba imponente. Oí la voz lejana de Clementina:

—Aquí “Figaro”. Buenos días.

—Comuníqueme con el jefe de redacción.

—Al instante —replicó Oleo.

“Vaya gansa —pensé—. Demasiada rapidez”. Ahora fue mi amigo Foret el que supo recitar mejor su papel. Casi ladró, con impaciencia:

—¡Aló! ¿Sí? ¿Quién?

—La secretaria de su excelencia el señor ministro Retamar —y Lola me dirigió una sonrisa de complicidad.

—¿En qué puedo servir a su excelencia? —ronroneó Foret. Exceso de coba.

—¿Uno de sus reporteros se llama Jean Dupont?

—Sí. Y precisamente lo hemos enviado a su dirección, señorita.

Ella colgó, radiante. Reprimí el suspiro de alivio. Pero su diestra no había soltado el aparato, y, suavemente, me espetó:

—Y ahora, voy a llamar al BAL 76-00.

—¿Servicio de bomberos? —sonreí, haciéndome el tunante.

—No. A la verdadera redacción del “Figaro”.

Me mostró un ejemplar del periódico, doblado sobre la mesita. Agregó:

—Dícales a sus cómplices que una recepcionista siempre pregunta por la identidad de la persona que desea hablar con un redactor jefe. Y este se hace esperar.

Rodeó sus rodillas con ambas manos, mirándome casi apenada.

—Si no es periodista, ¿qué quiere usted? ¿Y realmente se llama Dupont?

Me enfundé bloc y lápiz. Ahora sería más fácil el asunto.

—Me llamo Martel. David Martel. Fui periodista, pero no social. Y vengo a propósito de un film.

—¿Un film? —y nuevo arqueó de cejas. Dominaba el arte de contestar al estilo Eva. Preguntando.

—Un film en el cual aparece su esposo —y aguardé el impacto de mi revelación.

Fue pobre.

—Mi marido figura en numerosos noticiarios. Es un personaje importante. Pero, por el aire tenebroso que ha adquirido usted, presumo que este film del cual quiere hablarme, ha de ser... especial.

—Exacto. Y mucho.

—Ya hemos llegado a la primera meta. O sea que es usted un chantajista.

Mejor que lo creyese así. Adopté una expresión vacua.

—Bien, le ayudaré, Martel. Si mi marido tomó parte en alguna juega a

la francesa, no voy a desgarrarme las vestiduras y lanzar gemidos de dolor.

Una pena que fuese tan moderna. La hubiese preferido a la antigua. Desgarrándose las vestiduras. Aclaré:

—Su marido figura en la película con ropaje de hidalgo.

—¿Y qué hace?

—Nada. Bueno, baila un poco. Un baile de disfraces. Se echó a reír y comprendí que no sacaría nada en limpio. Nos levantamos y ella expuso:

—Lo más sencillo creo que consistiría en que me enseñase este film.

—Por el momento, señora, es imposible.

Mi sincera respuesta pareció asombrarla.

—Llamaré para que le acompañen, señor Martel.

—No es necesario. Conozco el camino.

—¿Quiere un consejo? Cambie de actividad. Temo que no prosperará en la honorable corporación de chantajistas.

Abandoné la casona convencido de que el gato seguía encerrado. Pero me quedaba una tercera carta por jugar.

Y era una carta no simbólica. La interrumpida por la muerte. Sacha Korsac estaba escribiendo lo que volví a releer:

“Querido señor Damiel:

“Referente a nuestro pequeño negocio, creo que todo irá bien. Como deseamos usted y...”

En la guía había toda una columna de ciudadanos Damiel. Pero uno de ellos era marchante en muebles antiguos. Y Korsac, en su taller, restauraba muebles más o menos antiguos.

En el taxi me puse a pensar que a lo mejor el tal Damiel no tenía nada que ver, no ya con los asesinos, sino con el propio asesinado.

El inmueble del bulevar Saint-Germain era legítimo de antigüedad. Y la puerta del tercer piso la abrió un personaje que solamente había visto yo en películas malísimas.

Una doncella vestida de negro brillante, delantalito y cofia blanca.

—¿El señor Damiel, por favor?

—¿Damiel, Bernard, o Damiel André?

—El marchante.

—Entonces, es el señor André. ¿De parte de quién?

—Dígale que vengo de parte de Korsac.

Me condujo a un saloncito. Estaba apetitosa, pero no me hallaba yo en condiciones de apreciarlo a fondo.

Acudió un hombrecillo, frotándose las manos en movimiento constante y circulatorio. Llevaba un aparato acústico en la oreja. De unos sesenta años y estilo campechano.

—Parece ser que se llama usted Segonzac o Cornesac...

—Soy amigo de Sacha Korsac. ¿No le dice nada este apellido?

—Nada en absoluto.

—Traigo un mensaje de su parte referente a un pequeño negocio que ambos estaban llevando.

—Entonces será sin duda un amigo de mí hijo Bernard —y ya no era campechano, sino envarado su estilo—. Mi hijo y yo no solemos tener las mismas amistades. Le saludo, señor. Haré avisar a mí hijo.

Bernard Daniel no se parecía en nada al autor de sus días. Unos treinta años, endeble, cara blanda y mirada de miope.

—No creo tener el honor de conocerle.

—Ni yo. Vengo de parte de Korsac.

Pegó un respingo y tragó saliva. Por fin alguien se interesaba por mí cadáver.

—Tengo una carta para usted de parte de Korsac.

Leyó las tres líneas y nerviosamente me dijo:

—No la ha terminado.

—No le dejaron.

—¿Se la enseñó a mí padre?

—No.

—¿Le envía Korsac?

Adopté un silencio enigmático.

Mordiéndose las uñas, el joven Daniel se escarbaba el seso. Dijo por fin:

—No comprendo nada.

Lo mismo le habría yo podido decir. Pero exhibí una sonrisa sarcástica.

—Vamos, intente reflexionar un poco. No es tan difícil —sugerí.

Se puso a reflexionar a fondo. Tuve la sensación de seguir jugando al gato y el ratón. La única pega es que no sabía quién de los dos era el ratón.

Los labios de Bernard temblaban nerviosamente al preguntar:

—¿Está seguro de que mi padre no sabe nada de nada?

—Todavía no.

Daniel hijo no tenía la conciencia tranquila.

Hundió ambas manos en los bolsillos y dijo roncamente:

—Hablemos poco, pero bien.

—Eso es ser sensato —dije. Por fin alguien iba a hablarme del caso.

—¿Le bastarán dos mil?

Había sacado una mano y me tendía un paquetito, que fui hojeando. Veinte billetes de cien.

Lola Retamar se había equivocado conmigo. También Bernard Daniel. Yo no era un chantajista.

Pero resulta heroico negarse a aceptar dinero. Me embolsé los billetes.

—¿Y la carta? —me pidió.

Se la entregué. La rasgó en menudos pedacitos. Y suspiró aliviado.

Hice un último intento para comprobar si era o no el posible asesino.

—¿Algún mensaje para que se lo transmita a Korsac?

Era sincero. Fue adusto y frío:

—Dígale que no quiero continuar adelante. Ha sido demasiado charlatán.

—Le puedo garantizar que no hablaré más.

De esta tercera visita saqué, aparte las dos mil, varias deducciones. Daniel padre no estimaba las relaciones de su hijo. Y Daniel hijo no estaba directamente mezclado en el asesinato de Korsac. Habría hecho desaparecer la carta.

Lo que buscaba el asesino no era una carta sino un film.

Roland Foret esperaba en mi piso los resultados de mis entrevistas.

Le llamé por si había novedad. Me dijo:

—Te has pasado el día viajando. Cleo quiere cenar. Nos está preparando una cena formidable. Ah, oye... Ha llamado Liana —y su voz susurraba muy baja—. Quiere verte enseguida —y alzó mucho la voz—. Debía acercarse Cleo—. No tardes. Te esperamos.

—Voy y vuelvo. Si tardo empezad a cenar sin esperarme —y colgué.

Decidí ser galante y compré un ramillete de rosas. Apreté el timbre del nido de Liana Turgys, la modelo despampanante.

La puerta se abrió bruscamente. Retrocedí. No era Liana, sino un sujeto distinguido, de negros cabellos muy lustrosos, mirada negra y sonrisa suave.

—¿David Martel? Lina me rogó que le invitase a entrar.

Me quedó inmóvil, ramillete en mano. Insistió él:

—Liana nos prepara un *scotch*.

Y como yo persistía en no moverme, insinuó:

—Supongo que no le inspiro miedo.

—Hombre, no.

No me inspiraba miedo, sino pánico.

En su rostro moreno había algo que me recordaba el “gangster” fino. Una especie de socarronería cortés, con la tensión controlada de una fiera disponiéndose a brincar sobre su presa.

—Trae usted unas flores muy bonitas.

—Son rosas.

Desde dentro la voz de Liana interpelaba:

—¿Es usted, Martel? Instálese y preséntense el uno al otro.

Entré, sin perder de vista al desconocido que, irónicamente, me dijo:

—Me llamo Elías, Karl Elías. ¿Mi identidad no le sugiere nada?

—Nada.

—Es lógico. ¿Me permite?

Se apoderó del ramillete y, quitándole la celofana, lo colocó en un jarro.

Sentándose, reprimió un bostezo y aclaró:

—Elías es un seudónimo.

Su diestra se puso como por azar sobre la mesita entre las flores y dos cajas planas de hojalata.

—El cine me interesa —agregó con sonrisa radiante.

Apareció Liana con una bandeja, vasos altos y un pijama azul.

El pseudo Elías se levantó con una rapidez felina. Para librar a nuestra anfitriona de su carga. Y ella exclamó satisfecha:

—¡Es usted un sol, Martel! Podía haberme dicho que le había enseñado nuestro film a Karl. ¿Por qué no me lo dijo, picarón?

—Pues, verá... Porque si a él no le hubiera gustado, no quise darle a usted falsas esperanzas.

—Martel tiene razón, querida. Podía no haberme gustado.

Me dirigió su sonrisa “Colgate”. Dientes blanquísimos, ojos antracita, nada sonrientes.

—Háblele de sus proyectos a Martel —propuso Liana.

—Me interesa usted extraordinariamente, Martel —y parecía examinarme a través de su vaso, como a un insecto por el microscopio—. Me habría agradado ver, o más bien visionar, como decimos en nuestra profesión, un corto metraje que, según me dijeron, está en su poder.

—Parece que ha hecho usted un film apasionante. No me lo dijo, pillín. Un argumento sobre baile de disfraces —y rio ella, picarescamente.

Empecé a sudar, pero pude emplear el verbo a su debido tiempo:

—Es cierto. Tuve en mi poder un corto metraje sobre un baile de disfraces.

—¿Tuvo usted...? —puntualizó Elías.

—Ya no lo tengo. Es una pena.

Sus párpados velaron un instante el pedernal de las pupilas, que chispeó de nuevo al preguntarme:

—¿Y no cree poder recuperarlo?

—Hemos de tener en cuenta que yo no soy el autor de este film.

—Digamos que es usted el distribuidor —y como para ilustrar a Liana, agregó—: El autor del film lo... confió a Martel. Y se marchó.

—¿Lejos? —preguntó Liana por decir algo.

Elías miró el techo un rato y expuso:

—Exactamente donde, no lo sé, pero, en todo caso, su ausencia será muy larga.

Nos miramos él y yo en silencio. Me lo imaginaba perfectamente volándole los sesos a Korsac, con elegante indiferencia.

—Resumiendo, me afirma usted, Martel, que ya no tiene este film, y salvo equivocarme, no parece usted deseoso de mostrármelo.

—Le confesaré algo, Elías.

—Ardo en deseos de oírle.

—Le confieso que dicho film me ha parecido decepcionante.

—Sin duda no lo habrá sabido interpretar.

—¿Es algo muy intelectual? —quiso saber Liana, pestañeando.

Elías rio como una hiena:

—Tanto, querida, que su autor se ganó un fatal dolor de cabeza.

—¡Caramba! Tendrá que explicármelo, Martel.

—Me temo que Martel no tenga materialmente tiempo de hacerlo —y Elías se levantó.

Ya estaba yo en pie. Y en mi precipitación vertí licor de cebada escocesa sobre la alfombra.

—¡Ay, mi alfombra persa! —gimió ella—. ¿El *whisky* mancha?

—Una mancha inofensiva, querida. Basta frotar con agua caliente. Excúseme, querida, pero tengo que dejarla.

—¿Ya? ¿No se han dado cita ustedes dos?

—Descuide, querida. Vamos a hacerlo. No es preciso que nos acompañe, Liana. Yo fui a abrir a Martel. Lo menos que puede hacer en correspondencia es acompañarme hasta el ascensor.

Asentí gravemente. Lívido y con burbujeos intestinales.

—Voy a preparar agua caliente —dijo Liana.

Desapareció con su ondulante estilo. Elías me asió por un codo y nos fuimos hacia la salida:

—¿Es su última decisión, Martel?

Me sonaba a testamentaria. Pero asentí gravemente. Más lívido que nunca.

—Es una pena, una verdadera lástima, Martel. La vida es bonita, sobre todo disponiendo de algunos cientos de miles para gastar.

Recogió su Loden de la percha y, asiendo la manija, me miró de pies a cabeza como si tomase mis medidas. Suspiró:

—Una actitud muy noble, Martel. Por tanto, creo inútil que nos demos una nueva cita. Aunque pasará a verle. Sabemos dónde encontrarle.

Se dirigía hacia el ascensor y le pregunté:

—¿No recoge su... mi film?

—¿Para qué? A mí no me sirve para nada. Ni creo que le sirva ya tampoco... a usted.

Regresé a la sala, con flojera en las rodillas. El espectáculo de Liana arrodillada, fregando su alfombra, me habría encalabrinado en otra ocasión.

—Es encantador, ¿verdad? —y Liana se refería al supuesto Elías.

—Horrores.

La cosa estaba clara. La muerte de Korsac se hallaba estrechamente unida a la posesión del film, y su segundo poseedor era la próxima víctima. Yo.

—¿Volverán ustedes dos a reunirse? —preguntaba Liana.

—Así parece.

Estaba ante mí. Sus labios a unos centímetros. Su cuerpo olía a bebé

limpio.

Arqueó el lomo, se desperezó lánguidamente y me sonrió:

—¿Sabe en lo que estoy pensando, David?

No lo supe nunca. Porque en lo único en que estaba yo pensando era en mis zapatos, bastante parecidos a los de Sacha Korsac.

Como un sonámbulo fui hacia la puerta.

—Pero, ¿a dónde vas, David? ¿Es que no me oíste?

—Adiós. Voy a cenar.

Foret seguía en mi piso. Estaban dirigiendo la cena. Cleo con cara avinagrada.

En silencio me dirigí al cajón donde guardaba mis camisas. Saqué mi “Colt” 38 Especial. Lo compré en Venezuela.

Tres veces lo había disparado. Dos en el túnel de pruebas del armero. La última sobre una rata de agua, a la cual fallé por unos metros.

—¿Qué pretendes hacer con este cacharro? ¿Suicidarte? Espera por lo menos a que Roland y yo nos vayamos.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Roland Foret.

Explicué todo. Y, muy práctico, me preguntó Foret:

—¿Tienes permiso para llevar arma?

—Si te persiguen por un parque, no irás a pedirle permiso al guardia si pisas el césped.

—¿Y sabes disparar bien?

—Lo esencial es hacer ruido.

—¿Y si tu Korsac se hubiera suicidado simplemente? —sugirió Cleo—. ¿No? Pues yo creo que lo mejor, de todos modos, es avisar a la policía.

—Ahora estoy apoyado por un grupo de la Prensa con toda la ayuda financiera necesaria.

—Que te pagarán un entierro, que no será de primera.

—Escucha... Ya tengo un cadáver. De asesinado, un hijo de mercader que tiembla al solo nombre de Korsac.

Un cantante “ye-yé” que se hace proteger por un gorila. Un ministro importante, invisible. Y su esposa, muda como una tumba. No está mal, ¿eh? Ahora os vais. Te llevas esto.

Le di a Foret el negativo de Korsac.

—¿Vas a quedarte solo? —susurró Clementina.

Hice girar el 38 en torno al índice.

—¡Ey! —se alarmó Foret—. Que no estamos en Texas. Ni eres Larry Kid.

—Esconde bien este film. Buenas noches.

—Ten prudencia —me dijo Clementina.

Exactamente la frase que dicen las mujeres en el momento en que entra uno en la jaula de las fieras.

Oí bajar el ascensor. Abrí el barrilete, comprobando que cada cartucho

estaba en su recámara. Sopesé el arma, sintiendo la aspereza de sus cachas cuadriculadas.

Abriendo la ventana, me dije:

—Todo eso es puro cine, David. Serás incapaz de usarla debidamente o ni siquiera podrás desenfundarla.

Vi a Roland y Clementina desembocar en la acera. Por los gestos, él la invitaba a acompañarla en su coche. Pero ella señalaba la próxima entrada del “metro”.

Foret fue hacia su coche. Ella hacia el “metro”. Alzó la cabeza y, viéndome, ondeó la mano.

Fue en el mismo instante en que una D.S. negra embragó. Pasó delante de Clementina y llegó al nivel de Foret. Un hombre saltó del coche.

Grité:

—¡Cuidado, Roland!

El silencio de la avenida fue truncado por el estrépito de varios disparos.

Roland Foret giró, saltando, manoteó en el aire, se dobló como un pelele roto y se tendió de cabeza.

El revólver trepidaba en mi mano. Pero el coche ya había desaparecido.

Fueron abriéndose ventanas y la gente se interpelaba. En la esquina donde estaba la comisaría resonaron silbatos estridentes.

Clementina parecía clavada ante la boca del “metro”. Le grité:

—¡No te vayas!

Tirando el revólver sobre el diván, salí corriendo.

Roland Foret, tendido boca abajo, parecía envuelto del todo en su impermeable. Cuando me arrodillé a su lado, vivía aún.

De perfil, crispaba las facciones. Clementina, a mí lado, gemía.

Roland Foret cesó de resoplar y se empequeñeció, pegándose al suelo bruscamente, con esa fuerza última de los que mueren.

Llegaban dos gendarmes corriendo. Antes que pudieran oírme, dije:

—Cleo, ni una palabra de nada. No sabes nada, no comprendes nada. Me dejas hablar a mí solamente.

Los gendarmes me ayudaron a dar vuelta al cuerpo. Por la blanda oscilación de la cabeza y la inercia de los miembros, comprendí que estaba muerto.

En mi lugar.

Lo habían confundido conmigo.

Como era de suponer, el film había desaparecido.

CAPÍTULO IV

Una furgoneta de rejilla metálica y banquetas nos transportó a Cleo y a mí a la Brigada Criminal.

Un agente paseaba de un extremo a otro del largo pasillo mal iluminado. Olía a polvo, sudor y colillas. Un olor triste.

Hacía ya veinte minutos que estábamos esperando. Cleo susurró:

—Deberías contarlo todo.

—Ahora no. Escucha. Si de aquí a cuarenta y ocho horas, las cosas se ponen mal, entonces sí.

—Ah, ¿por qué opinas que las cosas no van mal?

El agente nos conminó a pasar a un despacho. Entramos en el despacho del comisario Lesage. Debía tener unos treinta y cinco años. Las gafas, de gruesa montura negra, le daban aspecto de hombre de negocios deportivo.

Nos acogió con una sonrisa muy cordial.

—Síéntense. Estuve viendo sus documentos de identidad. Se los devolveré. Simple formalidad. ¿Un pitillo? —y me tendió un cigarrillo de tabaco negro—. O sea que estaba usted con la víctima en el momento en que dispararon.

—Yo no sino ella. Más exactamente, acababan de separarse en la acera. La señorita se dirigía al “metro”, mientras mi amigo iba hacia su coche.

—Ya. Y usted, señorita, ¿cenó con la víctima?

—Sí.

—Los tres —añadí yo.

Lesage se quitó las gafas y contempló la montura con interés.

—Y según sus primeras informaciones, no tiene usted ninguna idea sobre las razones de este asesinato.

—Ninguna.

—¿Y la señorita?

—Tampoco.

—¿Alguien estaba al corriente de la visita de su amigo?

—No creo.

—¿Era fotógrafo?

—Sí.

—¿Qué clase de fotos?

—Artísticas. Hacía exposiciones.

—En sus conversaciones, ¿no dijo nada que diera a pensar que sentíase amenazado?

—Nada en absoluto.

—¿Trabajaba para usted?

No respondí. La mirada de Lesage se posó sobre mí y dije:

—Pues sí. Me había revelado un film de publicidad.

—Es verdad... Usted es periodista. ¿De qué periódico?

—Ninguno en particular. Trabajo libremente.

—Ya. ¿Y este film?

—Se halla actualmente en casa de la estrella del film. Liana Turgys.

—Debían saber que estaba en su casa ya que le esperaron delante de la salida.

—¿Quién?

Clementina taconeó levemente, con nerviosismo. Lesage sonrió meloso:

—¿Quién va a ser? Roland Foret.

—Ah, sí... Es posible, pero no parecía inquieto, cuando yo llegué.

—Ya. ¿Por qué él llegó a su casa de usted antes que usted?

No tuve tiempo de liarme más, porque repicaba el teléfono. Lesage se aplicó el auricular:

—Lesage. Escucho.

Bostezaba y a instantes apuntaba algo.

—Gracias, Marcel. Hasta pronto.

Volvió a bajarse las gafas de la frente a la nariz. Nos informó:

—Acaban de encontrar una D.S. negra que corresponde a la descripción que me dieron. Robada, naturalmente, una hora antes, calle Erlanger. A dos pasos de su casa, señor Martel.

—Sí. Está cerca.

—La han abandonado en el bulevar Duroc. Han encontrado tres casquillos de metralleta en el asiento posterior. Y, cosa curiosa, el chasis estaba taladrado por dos balas. De pistola.

Contempló la información de las primeras declaraciones y manifestó:

—No se mencionan estos disparos suplementarios.

Y me acaban de decir que las balas se alojaron en el cofre posterior.

Me vi en la ventana, revólver en mano. Y todas las ventanas de enfrente se abrían. Cualquiera podía haberme visto. Me aclaré la garganta:

—Fui yo.

—Ah, vaya... ¿Por qué usted tenía un arma al alcance de la mano?

—Un 38 que compré en Venezuela. Hace tres años.

—Y desde hace tres años, ¿tuvo ocasión de emplear su arma antes de esta noche?

—No.

—Pues tiene usted unos reflejos muy veloces —dijo Lesage jovial—. Mi enhorabuena para quien no tiene costumbre de emplear revólver durante tres años.

Revisó las declaraciones y añadió:

—Yo. Es verdad. Estaba usted en la ventana en el momento del atentado. ¿Por qué?

—Habíamos fumado mucho. Cuando Roland y Clementina se fueron, abrí para airear antes de acostarme.

—¿Y suele hacerlo con su 38 en la mano?

—No. Estaba en mi cajón, al lado de la ventana.

—Ya. Usted ve el coche que pasa. Oye los disparos. Se abalanza sobre el cajón, lo abre, vuelve a la ventana, y abre fuego hacia el coche que se aleja... ¿Exacto?

—Sí.

Lesage dejó escapar un silbido de admiración.

—¡Bravo! En los tiempos del lejano Oeste usted habría sido temible. Pero, volviendo al presente, su pequeña hazaña, porque lo es, créame, ¿cómo no se menciona en este primer informe?

—No pensé... Además, confieso que no declaré la posesión del arma.

—Desde la guerra, la liberación y demás conflictos anexos, Francia se ha convertido en un verdadero arsenal. He conocido a una anciana muy respetable que almacenaba lo suficiente para poner en pie de guerra una compañía de Infantería.

Apoyó los codos en la mesa y empezó a acariciarse las aletas de la nariz con las yemas de los dedos.

El silencio iba a ponerse viscoso cuando dijo Lesage:

—Se deduce que esta gente desconocida debió seguir a la víctima desde su domicilio al suyo, esperarle, robar un coche para el atentado, y ametrallarle. Deducciones lógicas, ¿no le parece?

—Sí. Son lógicas.

—Pero algo complicadas. Su amigo, ¿venía con frecuencia a su casa?

—Sí.

—¿Con regularidad?

—No.

Revolvió los papeles como si encontrara algo raro en ellos.

—Roland Foret residía en la calle Herran. Una calle de escaso tránsito, sobre todo de noche. Habrían podido matarle allí muy discretamente.

Me di cuenta que Cleo cruzaba y descruzaba las piernas nerviosamente.

—Cuando Roland salió de su casa, habría todavía luz de día —expliqué.

—Ya. Y no quisieron dispararle en pleno día. Una explicación lógica. Hay montones de otras explicaciones posibles, por ejemplo...

Parecía buscar por las paredes:

—Por ejemplo, podían tener otras razones que no fueran las de esperar a que anocheciese para poderle disparar. El habría podido, que sé yo, ir a su casa, señor Martel, para recoger algo de valor, o de utilidad... Y también cabe que pudieran confundirle con usted.

—Ninguna de mis actividades puede inspirar a nadie el afán de

asesinarme —mentí con dignidad.

—Claro, claro. Bien, no les molesto más. Lamento haberles conocido en circunstancias tan tristes. Es lo corriente en mi profesión. Fatalmente, también, hay un complemento de encuesta. Les ruego que, temporalmente, no se alejen demasiado de París O por lo menos, me den un preaviso. Es casi fatal que tenga que hacerles otras preguntas.

En las frías neblinas a lo largo del Sena, esperé la bronca. Pero la mujer será el eterno enigma. Me dijo simplemente:

—Comprendo que confundieron a Roland contigo. Comprendo que estás ansiando una exclusiva sensacional.

Tanta dulzura me emocionó tiernamente. Todo lo bueno es breve.

—¿Y comprendes tú que pasarás a la historia de la infinita estupidez humana como un campeón de mentecatos? Porque vas a ser el autor de tu propio asesinato.

—Lo que yo quisiera comprender es qué clase de dinamita contiene este dichoso film. Es lo único que me interesa. Me vas a hacer un favor, Cleo. Durante un par de días piérdeme de vista. Declárate enferma, y desaparece, escóndete bien.

—Ah... Porque tu demencia va camino de ser furiosa y quieres protegerme contra tus ataques vesánicos.

—Muy graciosa, muy graciosa. Los que han matado a Foret pueden creerse que tú eres la depositaria.

—Ay, Dios, cada vez estás peor, vida mía.

—La depositaria del film, puesto que para conservar el pellejo, no voy a guardar conmigo el original del film, sino entregarlo a alguien de mí plena confianza. Es elemental.

—Lo elemental es que regreses a explicarle todo al comisario.

—Ni hablar. Me comprometí con Bogard a darle las informaciones que vaya obteniendo, solamente a él.

—Y yo solamente a ti iré cada domingo a embellecer tu tumba con geranios.

—Prefiero las violetas.

Discutimos y discutimos, hasta que al final nos pusimos de acuerdo. Ella se refugiaría en la buhardilla-estudio de una pintora sueca, ausente, y que le dejaba a ella la llave para que cada dos días alimentase la colección de pájaros y palomos.

A solas en mi piso recogí mi 38. Era muy práctica la funda sobaquera popularizada por el cine. Pero, ¿dónde las vendían?

Hice pruebas. “Sacar” lo más rápidamente posible, desde el bolsillo interior de la americana, del exterior, del posterior del pantalón, de entre cinto y camisa.

Llegué a una conclusión infalible. Necesitaría varios años de entrenamiento para lograr “sacar” con probabilidades de sobrevivir.

Actualmente, me incrustarían dos docenas de balazos mientras me dedicase afanosamente a registrarme.

Grotesco y penoso.

Intenté dormir. Sentía pena por Roland Foret, muerto en la flor de la edad. Algo me consolaba. Una frase de Cleo:

—Se lo buscó el pobre. Claro, si no envía al polaco el film equivocado, los dos estarían vivos.

Dormité agitado por pesadillas. Sobre la mesita, la esfera fosforescente del despertador marcaba las cero y pico de la nueva jornada que se iniciaba, cuando repicó el teléfono.

—¿Martel, David? —preguntó una voz afectuosa.

—Hola, Karl Elías, o como se llame. Supuse que no tardaría en llamarme.

—Ya pudo comprobar que no le he olvidado.

—Sí, pero siga así, y se va a cargar a media humanidad antes de convertirme en fiambre.

—Es cuestión de tiempo, simplemente. ¿Meditó en mi oferta de negociaciones?

—No trafico con asesinos.

—Es un grave error. Tengo ya la copia.

—Y yo el original. ¡Ojo, corrijo! Está en poder de un amigo mío.

—¿Otro amigo al que va usted a condenar a morir?

—Un amigo que sabe defenderse y es más inteligente que usted y yo juntos. Y escúcheme bien, Elías, o como se llame... Sepa que si me sucede el más leve accidente, este film será proyectado en tres pantallas: comisaría, Prensa y televisión. ¡Váyase al infierno! ¡Muérase!

—En su agradable compañía, amigo mío. Buenas noches.

Colgué, tembloroso de rabieta. No iban a atacarme tan pronto. Sabrían que discretamente había policía rociando los alrededores.

Amaneció un día sucio y amarillo. Octubre es precioso en París cuando las pupilas están descansadas. Las mías estaban amarillentas.

Me reconforté con varios cafés de mí maquinilla expreso. Única manera de tomar verdadero caracolillo estimulante.

Por si mi línea estaba intervenida, fui a un bar. Telefoneé a mí jefe. Como era lógico, sabía ya lo ocurrido con Roland. Era un suceso. Y en líneas generales ocupaba apenas la décima parte de una columna en sexta plana.

Yo le expliqué lo que no podía publicar nadie todavía, por ignorarlo:

—Lo confundieron conmigo. Le robaron la copia —y fin relatándole mi entrevista en casa de Liana con el hombre que se hacía llamar Karl Elías, y su llamada nocturna. Agregué—: ¿Has dejado en sitio seguro el film original?

—Donde nadie, salvo yo, puede hallarlo. Además, esos tipos no me

conocen. Otra cosa... Han encontrado a Korsac.

—Ya era hora.

—La primera indagación lo clasifica como suicidado.

—Genial. El hombre se pega un tiro en la sien, va a esconder su revólver, y se acuesta, porque es de los que quieren morir en su cama.

—Descubrieron el arma en la diestra de Korsac.

—¡Vaya! Fueron a camuflar la cosa, tras asesinar a Roland, para que no fueran relacionados los dos cadáveres, ¿comprendes?

—Lo que comprendo es que estás algo fatigado. Has perdido la noción del tiempo. Encontraron a Korsac antes de que ametrallasen a Roland. Concéntrate en un punto. Has de intentar averiguar dónde fue robado el film. Es lo primordial.

—Conformes.

—Es posible que alguien te siga. Alquila un coche a cargo caja.

Por la calle pasó una caja en coche, un ataúd.

Sacudí el maleficio de la asociación de ideas. Fui a un garajista conocido y le pedí un cacharro ágil, rápido y sólido.

Me señaló un “Panhard” descapotable, afirmando:

—Con esto no tiene nada que temer.

Ojalá, pensé. Fui conduciendo mirando a instantes por el retrovisor, un “M. G”. Gran Sport, al volante un play-boy, buscando presa femenina.

Luego fue una “Citró” con tres bebés, papá y mamá, sumando cuarenta años los cinco.

Por la carretera me siguió una “404” conducida por un señor de aspecto próspero que hablaba solo, sonriéndose en el retrovisor.

Empezó a llover y un “Simca” se adhería a mi tren trasero. Aminoré y un joven energúmeno me pasó riendo por su triunfo.

Y cuando avisté al Manoir de Lola Retamar, el viejo poeta recitó en mi recuerdo de estudiante:

*«Bajo el cielo obeso y gris,
se eriza siniestro el castillo...»*

La monumental verja estaba cerrada. El portero acució a mis bocinazos. Cuando detuve el coche ante la escalinata, el cielo estaba tan bajo que daba la impresión de una masa plomiza dispuesta a abatirse.

Bajo el pórtico me apoyé en el timbre. Abrió el mayordomo.

—La señora Retamar me espera —y avancé con decisión.

Llegaba ya al centro del vestíbulo, sala de armas y cuadros, cuando en el rellano alto apareció doña Lola. Apoyadas las manos en la señorial barandilla me miraba desde arriba, impassible.

Vestía una funda rojiza muy distinguida.

—¿Me reconoce, señora? Soy David Martel.

Inmóvil, replicó:

—¿Qué puede usted decirme que no sepa ya?

—Esto. Anoche mataron a un amigo mío. Acababa yo de entregarle la copia del film del cual le hablé a usted.

Entonces, Lola avanzó majestuosamente y fue descendiendo los peldaños con lentitud, sin dejar de mirarme. Dijo al mayordomo:

—Deje entrar al señor.

Un pleonasma, puesto que ya estaba yo dentro. Pero no se trataba de dar clases de gramática francesa. La seguí al salón.

Sentándose, inquirió:

—¿Avisó usted a la policía, supongo?

—La policía me interrogó, pero no hablé del film.

—¿Por qué?

—Se trata de una cuestión personal. Mataron a mí amigo, pero por error. Era a mí al que querían suprimir. Se llevaron la copia. Pero saben que sigo dueño del original.

Velando sus ojos, comentó:

—Ayer debí ofrecerle dinero y así habría evitado este homicidio.

—¿Y por qué lo habría usted comprado?

—Ayer, no. Hoy, sí. Porque no deseo que mi marido se vea envuelto en un escándalo de este género, con asesinato de por medio. Compró.

—No vendo.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—Voy a describirle a un individuo: unos cincuenta años, cabellos negros lacados, sienes grises, cara larga ojos algo rasgados, negros, piel morena. Elegante. Se hace llamar Karl Elías. ¿Le conoce?

—No, no le conozco. ¿Quién es?

—El que hizo matar a Roland Foret y a Sacha Korsac.

—¿Quién es Korsac?

—El hombre al cual seguramente pagaron para que rodase este film.

—¿Y cómo es que se halla usted en posesión de esta película?

—No pretendo que me crea. Fue puro azar. Comenzó así...

Cuando terminé el relato, dijo ella:

—No es una historia vulgar ni sencilla. Y lo que más resalta es que está usted en peligro.

—También los que mataron a Foret. El original del film está en manos de un hombre seguro y de influencia que lo hará proyectar en comisaría, y en la Prensa apenas ocurra algo perjudicial para mí salud.

—Puedo ayudarle.

—Eso es. Ayúdeme.

—Creía que no confiaría usted mucho en mí.

—No tengo plena confianza, pero no me queda otro remedio.

Rio dulcemente, mordiéndose el labio inferior como una colegiala

traviesa. Y dijo por fin:

—Le ayudaré en proporción al interés que suponga para mí marido. Debemos evitar un escándalo de este género mezclado con su nombre. Necesitaría poder ver este film para juzgar de qué se trata y quién sabe si no podría identificar a alguno de los que figuren en la película. ¿Puede concertar con su amigo una cita?

—Hablaré con él, pero no deben vernos juntos a usted y a mí. Podrían atar cabos.

—Cierto. Esperemos un poco más. Hasta pronto, amigo Martel.

Pasaban de las seis cuando aparqué cerca de mí domicilio. Entré en un bar a beber un ron tibio. Tenía que elegir un domicilio provisional, en algún hotel de estudiantes.

Pero necesitaba recoger ropa.

Al atravesar la avenida se me antojó que todos los peatones tenían aspectos sospechosos y ademanes inquietantes. Hasta las madres de familia empujando cochecitos infantiles.

Podía ser un truco para transportar metralletas.

Para atravesar el patio y subir las escaleras a pasos de piel roja debí emplear media hora por lo menos.

El cerrojo de mí puerta estaba intacto. Entré de puntillas. Sin encender la luz. Cerré, avanzando con gran cautela, pese a estar convencido de que no había intrusos escondidos. Solamente oí algo semejante a “ploc-ploc”. Un ruido difícil de interpretar. Sin embargo, lo traduje a cien por hora. Fue mi instinto el que me tumbó de espaldas.

El pistolero debía estar agazapado entre el “living” y baño.

Vibró el aire, la madera, el estuco y todo en torno, al impacto de las balas. Creí volverme loco.

Aquello era un tiroteo en toda regla, pero yo no tomaba parte.

Otro “ploc-ploc”. Algo me rozó la cabeza. Oí estrépito de quincallería rota. Vi una silueta negra avanzando.

Atravesó el recibidor, tropezó con un sillón, y, describiendo zigzags, vino a desplomarse casi encima de mí.

CAPÍTULO V

Rechacé el cuerpo desconocido con los pies, arrastrándome sobre el trasero. La postura no tenía nada de gallarda, pero era humana. Me inmovilicé.

Acababan de iluminarse el “living” y el cuarto de baño. Apareció otro desconocido. Del tubo silenciador en su diestra ascendía una espiral de humo azul.

Otro tercer intruso, pareciéndose al segundo como un hermano, aunque algo más bajo, avanzó y gentilmente me ayudó a levantarme.

Al fondo, la ventana del cuarto de baño estaba entreabierta. Daba al patio interior y había una galería. Era por allí que habían entrado.

Mi frustrado asesino y los asesinos de mí asesino.

Salvo esta certeza, no comprendía bien lo que ocurría. Mis rodillas parecían de gelatina.

Contemplé el cuerpo extendido boca abajo. Su traje gris estaba agujereado bajo el omoplato izquierdo. Burbujeaba la sangre empapando el tergal.

El más bajo del dueto hincaba algodón en la herida mortal. Luego alzó un poco al muerto. Le deslizó taponcitos de algodón en las fosas nasales. Aplicó una ancha tira de esparadrapo sobre la boca.

Y mientras su acólito se instalaba en el diván, comenzó a arrastrar el cadáver por un tobillo hacia el cuarto de baño.

Sonó el timbre de la puerta.

Algún vecino intrigado por el ruido de la caída doble. Los balazos, amortiguados por silenciador, tuvieron que ser inaudibles.

Los dos acólitos se concertaron con la mirada, haciéndome una señal rápida.

Uno acabó de llevarse al muerto. El otro puso en pie el sillón volcado, y comprobó que no había manchas de sangre en la alfombra.

El timbre volvió a repicar.

Recogió el arma del asesino frustrado y me hizo señal de abrir. Abrí.

El comisario Lesage me dijo cortésmente:

—Espero que no le importuno.

Me quedé mudo. Tantas impresiones seguidas iban a acabar conmigo.

—¿De verdad no le molesto?

Lesage miraba por encima de mí hombro. Di por hecho que los dos eficaces sujetos ya estarían en el cuarto de baño en compañía de su

víctima. Esperé fervientemente que Lesage no deseara lavarse las manos.

—Faltaría más, faltaría más —invité con entusiasmo, recobrada el habla y con gran cordialidad—. Pase, pase.

Lesage se quitó el impermeable y, avanzando, dijo:

—Lo siento. No pensaba que tuviera usted visitas.

Allí estaban los dos acólitos. El más bajo, sentado en el sillón. El otro, en pie junto a la ventana abierta las manos en los bolsillos, miraba fuera.

La puerta del cuarto de baño estaba bien cerrada.

—Son conocidos que están de paso. Venezolanas ¿sabe? —sonreí.

Lesage avanzó hacia el sentado, que le miró receloso. Le tendió la diestra, presentándose:

—Comisario Lesage.

—Pablo Duarte —y, apretando vigorosamente la diestra de Lesage, le escrutaba por las rendijas de sus negros ojos rasgados.

El de la ventana abierta era un talento. Había abierto para disipar el olor a pólvora. Volviéndose, dijo tocándose el pecho:

—Duarte, Rufino.

Venezolanos o no tenían aplomo. Me puse a silbar nerviosamente. “El pájaro chogüi”, y los llamados Duarte me contemplaron embelesados.

—Venezuela, una gran nación que me gustaría conocer —dijo Lesage cuando dejé de silbar—. Está usted muy bien instalado —y señalando la ventana abierta, agregó—: Un poco fresco el ambiente, ¿no?

—Hemos fumado mucho.

—Ya. Y quiso airear. Como anoche, ¿recuerda? Pasaba por delante y pensé charlar un rato con usted.

—Siéntese, por favor —invité, porque acababa yo de sentarme, por culpa de las malditas rodillas blanduchas.

Los dos Duarte formaban un bloque taciturno y sus ojillos negros erraban furtivamente del policía a mí persona. Aclaré:

—No hablan ni papa de francés. Son turistas.

—Y fueron a pasear al campo, ¿no es así?

Señalaba Lesage mis zapatos llenos de barro, como el borde de mis pantalones.

—Eso es. Un pequeño paseo.

—Naturalmente, con este tiempo tan propicio —sonrió Lesage.

Fuera, la lluvia seguía tamborileando sobre las hojas de los castaños.

—¿Y qué? ¿Adelanta la encuesta? —pregunté para variar de tema.

—¿La encuesta? —repitió Lesage con tono sorprendido—. Ah, sí, se refiere al suceso de anoche. Precisamente hay algo curioso. Su amigo Roland Foret tenía por cliente a cierto... Aguarde, a ver si me acuerdo... Un apellido raro... Sacor... Sorac... No, no, al revés... Caroc... ¡Korsac! Eso es.

—Parece un nombre ruso.

—Polaco. ¿No le suena?

—Me recuerda un poco a compositores. Rimski Korsakof...

—Murió el compositor y el polaco se suicidó. Un caso curioso de suicidio. Ya hablaremos de ello en otra ocasión —y rio suavemente.

Intenté también reír, pero no pude. Los dos Duarte seguían convertidos en mármol moreno.

—Su amigo Foret había trabajado varias veces para este tal Korsac. Revelando fotos que podríamos llamar intimistas. Hasta reveló un film por encargo de Korsac. Recientemente. Fíjese... Casi al mismo tiempo que el suyo, Martel.

Crucé las piernas con la máxima desenvoltura posible.

—Caramba, debe ser mi guion publicitario al que se refiere usted. El Bonboncol.

—¿Su amigo Foret no le habló nunca de este Korsac?

—No, nunca.

—Una lástima. La clave de este asunto podría radicar en esta relación. Existe una coincidencia rara, o digamos un punto extraño. Korsac se suicidó, y nadie oyó el disparo. Muy discreto el polaco Korsac. Figúrese que el cañón de su revólver estaba provisto de un silenciador.

Los Duarte, de piedra. Impasibles.

Levantándose, añadió Lesage:

—Bien, tengo que irme. Señores...

Dedicó un saludo a los Duarte, que correspondieron con grave cabezada.

Le escolté hacia la salida.

—A propósito... La señorita Clementina ¿qué tal está?

—Perfectamente.

—Intenté encontrarla, pero parece ser que se asustó.

—Es intérprete de conferencias y se desplaza con frecuencia.

—Ya. Bien, hasta pronto. Pronto volveremos a vernos, si hay alguna novedad interesante.

Le despedí con insistencia. Agitando la mano mientras bajaba el ascensor. Esperé hasta estar seguro de que no volvería con el pretexto de haberse olvidado las cerillas o se le había parado el reloj, y quería saber la hora.

Mis dos invitados habían descorchado una botella de vermut. Bebieron a gollete. El más robusto, Rufino, rellenó un vaso y me lo ofreció.

Bebimos. Y fuimos al cuarto de baño.

El muerto vestía bien, pero con dos toques exagerados. Corbata verde y zapatos de piel de reptil. Le registré en busca de documentos. Pero era del tipo prudente.

No llevaba nada sobre su identidad. Un carnet de primera para el “metro”. Cortaúñas. Diez billetes de mil. Seguramente el pago por mí piel.

Un cargador lleno, de calibre grande. Y en la muñeca un brazalete de gruesos eslabones de oro macizo.

Los dos Duarte me contemplaban interesados. Uno sentado en el borde de la bañera, el otro en el bidet.

Me lavé las manos. Y al secarme les vi dedicados a una actividad nueva: Pablo sopesaba el brazalete de oro. Rufino contaba los diez billetes.

Era ya hora de arrancarles de su mutismo. Eran nativos de algún lugar entre la frontera de Méjico y la Pampa.

—Bueno. Y ahora, ¿qué hacemos, señores? —les pregunté en español.

De algo había de servirme mi estancia venezolana.

Se guardaron el botín. No contestaron, pero debían tener una idea muy concreta sobre lo que tenían que hacer.

Los dos me saltaron encima.

Inmovilizado en algunos segundos, tuve una visión terrorífica. Iban a degollarme reclinando mi pescuezo en el borde de la bañera.

Segundos más tarde, mi muñeca derecha estaba sujeta por una especie de manilla-esposa a un tubo del radiador. Protesté enérgicamente:

—¡Oigan! ¿Qué broma es esta?

Rufino me aplicó un leve puntapié en los fondillos Pablo se colocó el índice ante los labios, fruncidas las cejas, con expresión de reproche. Un método eficaz y explícito. Me callé, esperando la continuación con verdadera taquicardia.

Los dos apagaron la luz, abrieron la ventana, y Pablo se encaramó para saltar a la galería exterior. Sincronizaban como un ballet.

Rufino aupó el cadáver sobre el reborde, empujó y se oyó un rumor algo asqueroso, al caer el muerto en la galería. Rufino desapareció ágilmente por la ventana.

Por los rumores que siguieron, deduje que bajaban un su fardo por las escaleras. Luego ya no oí más rumores.

Salvo el estribillo de una radio que en sordina reproducía otra de las canciones de moda: “Si yo tuviera un martillo”.

Pasaron minutos. Se oyó un paso ligero por la galería y apareció una silueta por el encuadre de la ventana abierta.

Me trepidó el corazón.

—¿Señor Martel?

Suspiré y mi brazalete tintineó contra la tubería. Acababa de reconocer a mí vecina. Una enfermera muy afectuosa. A veces venía a pedirme cerillas, el periódico, o sal. Cuando no estaba Cleo.

—Buenas noches, Lulú.

—¿Qué hace usted a oscuras?

—Se fundieron los plomos.

—¿Y lo aprovecha para arreglar su radiador? ¿Quiere que le ayude?

—¡No, no! ¡Ni hablar!

Y agité mi brazalete como si estuviera procediendo a la reparación.

—Vine a preguntarle si tenía algo de pimienta.

—Pues, no.

—Está lloviendo. Es triste, cuando llueve así. Pensaba ir al cine, a ver “El Gatopardo”. A usted que le gusta tanto Claudia Cardinale, ¿eh?

Dejé escapar un murmullo titubeante. Hablar de cine arrodillado a oscuras en el cuarto de baño, encadenado por una muñeca al radiador, no tenía nada de atractivo.

—¿Por qué no llama al electricista o a los plomeros? —sugirió Louise.

Oí pasos nada ligeros, y exclamé:

—Precisamente, ¡ahí vienen los plomeros!

—Bueno, hasta otra.

Los Duarte aguardaron a que desapareciera mi vecina. Entraron, cerraron la ventana y encendieron la luz.

Con una toalla fueron secándose los cabellos. Rufino extrajo un peine, se arregló el largo cabello negro, y tendió el peine a Pablo.

—¡Eh, pareja! ¿Me van a tener así hasta cuando, caray?

—También es verdad —reconoció Pablo, peinándose. Su acento podía ser cubano, colombiano, panameño, de cualquier región americana.

Rufino se inclinó, quitándose el arete metálico. Levantándose, me froté la muñeca.

Se trataba de hablar lo más calmamente posible. Mi español era correcto. Tres años seguidos practicándolo me eran útiles ahora.

—Si no fuese mucho pedir, hermanos, quisiera saber lo que habéis hecho con el difunto.

—Voló muy lejos de esta vida —canturreó Pablo, a compás de tango.

—Pero, ¿a dónde fue a parar? —insistí.

Rufino contempló a Pablo con expresión apenada—: ¿Te das cuenta, primo?

—Es un ingrato. Vive. Le quitamos el muerto de encima y se pone a hacer preguntitas el hombre.

—De acuerdo, me sacaron los dos de apuros, compadres. Pero es natural que yo quiera saber...

Avanzaron ambos a la vez.

CAPÍTULO VI

—Ha podido comprobar prácticamente que tuve razón en hacerle proteger. Su vida me es muy preciosa —añadió Lola Retamar— y convénzase de que solamente aquí estará seguro.

—Ahora ya sé que los primos Duarte son una especie de escoltas. Pero mis dos salvadores se portan con cierta insensibilidad un poco selvática.

—No ha estado usted nunca en mi país. En treinta años de existencia presencié seis revoluciones. Todavía niña, saquearon la plantación de mi familia y lincharon a mí padre. A los diecisiete años, tuve que acuchillar a un bandido que quiso raptarme. Mi país es hermoso, pero de raza turbulenta. Con hombres como los Duarte me encuentro protegida. Son silenciosos, crueles cuando es preciso y eficaces.

—Lo he visto.

—¿Un poco más de faisán?

Dije que no, gracias, con el tenedor. La cena había sido exquisita. El postre delicioso. Y cuando el mayordomo se ocupó personalmente de dejarnos con la cafetera y los licores, abordé lo importante:

—Dígame, señora, ¿qué detalles que yo ignoro conoce de este caso?

—No sé nada. Salvo que mi marido figura en un film que se relaciona con más de una muerte, y no quiero que este film sea proyectado.

—¿Y a qué debo su eficaz protección?

—Puesto que informé a sus agresores que en caso de accidente, el film sería visto por la policía y la Prensa, me interesa mucho su estado de salud. Y ahora dígame, ¿avanzan sus indagaciones?

Le hablé de Mike Mistral, cantante “ye-yé”, sin mencionar mi caída a cuatro patas ante el gorila centinela. Le hablé de Bernard Damiel, sin mencionar el dinero obsequiado.

Lola pelaba un melocotón con gran arte y comentó en tono mundano:

—En el fondo, no me ha demostrado usted mucha confianza.

—Nuestras relaciones, señora, son a base de mutua desconfianza. No obstante, me ha salvado la vida.

—No obstante, me comunica sus descubrimientos.

—Porque usted es la única que puede darme datos sobre los personajes que aparecen en el dichoso film.

—Un film que no tiene usted mucha prisa en enseñarme.

Pasamos a la salita anexa donde estaba la ronroneante cafetera, y el rimero de licores. Elegí un coñac y ella, en pie junto a la mesita rodante,

escanció.

—Entonces, ¿desea usted ver el film, señora?

Se volvió. La luz tamizada por la pantalla modelaba sus facciones, ahuecando sus mejillas, dando resalte a sus pómulos planos y acentuando la boca ancha, de *carñosos* labios.

—Puesto que desea conocer a los actores del film, lo más sencillo sería enseñármelo. Y déjese de ceremonial Martel. Llámeme simplemente Dolores, Lola o Dolly. Le considero ya un amigo.

Fui al teléfono y marqué los números de Albert Bogará. Esperando, contemplé a mí anfitriona. La imagen de la castidad. Siempre las rodillas apretadas. Nunca cruzaba las piernas. Ni ondulaba. Era hierática.

—¿Aló? Martel saluda.

—¡Ya era hora! Desde esta mañana te hice buscar en vano. Me visitó tu amigo.

—¿Cuál? ¿Bernard Damiel?

—Este no sé quién es. El que me visitó se llama Charles Edmond.

—Ni idea.

—Me aseguró que te conocía mucho.

—Describe.

—Unos cincuenta. Cabello negro, aplastado...

—¡Stop! Muy cortés, muy elegante, felino.

—Exacto. Te conoció en casa de Liana.

—Pero entonces se llamaba Karl Elías.

—Elías Karl o Edmond Charles, el caso es que me propuso nada menos que un millón por el film.

—¡Ostras...! ¿Qué diablos tendrá este rollo? ¿Y cómo dio contigo si no le hablé de ti?

—Fue Liana. Ya te dije que era una embrollona. Le dije a tu supuesto amigo que yo no tenía nada en venta. Que se había equivocado. ¿Dónde estás ahora?

—En casa de la señora Dolores de Retamar. Está dispuesta a ayudarnos y quisiera le proyectases el rollo. ¿Cuándo podemos ir?

—Hacia las once. En mi piso. Espero un visitante a las diez y media. Quiere venderme una pista sensacional, según dijo. Es un ex pugilista y ex detective privado. Ya te explicaré. Mientras esté conmigo, dejaré la cortina echada en la ventana del estudio. Entonces, aguardas. No vayas a estropearme la entrevista confidencial. Si la cortina está descorrida entonces subid. Hasta pronto.

Colgando, anuncié:

—Nos espera a las once.

—Podemos ponernos en camino. Llueve. Iremos poco a poco.

Era la primera vez que conducía un “Alfa Romeo”, en compañía de una dama tropical envuelta en zibelinas. De pronto me preguntó:

—¿Por qué corre tantos riesgos? ¿Para vengar a su amigo asesinado?

—Dejé de ser romántico hace algún tiempo. Antes, fui periodista de los de verdad. Con vocación. Después, hice bastantes imbecilidades.

—¿Mujeres?

—Mujeres, corazonadas, ideas que supuse bestialmente geniales. Todo fracasó. ¿Pero si consigo desenredar esta madeja...

—¿Es el dinero el que le atrae?

—No. Y soy sincero. Me gusta, como a cualquiera, el dinero. Pero me agradaría poder mirarme en el espejo al afeitarme, sin sentir molestia. Un buen reportaje, y nuevamente estaré lanzado por el camino normal. Si fracaso, temo que iré resbalando de mal en peor. Ahora háganme de usted. No me parece feliz.

—Mi matrimonio fue por interés. Mi marido tiene más de cincuenta años. Aportó a la boda su inteligencia política. Yo aporté la fortuna.

—¿Qué buscaba usted?

—El poder, el mando, ser algún día la primera dama de mi país.

Nos encerramos en nuestras mutuas meditaciones. El bolido pitaba como una lancha rápida. Cuando llegamos ya no llovía y eran las once menos diez.

Me asomé a la ventanilla. La cortina seguía echada.

—Sigue con su visitante. Quiero verle la cara —y apagué las luces.

La muy cercana presencia de Lola no me inspiró ideas retozonas. Las mujeres ya dan bastante complicaciones para que vaya uno a intentar mayores jaleos con una casada.

Además y, pese al matrimonio por interés, Lola no tenía nada de la casquivana experimental.

Oí crujir la puerta del inmueble. Apareció un hombre. Tenía prisa. Corpulento, recubierto por un Loden, cuyo cuello alzó. Pasó a largas zancadas.

Le identifiqué rápidamente. Era el gorila centinela del chalet del cantante “ye-yé” Mike Mistral.

Subí las escaleras a saltos. La puerta del piso se hallaba entreabierta y el recibir iluminado.

Y Albert Bogard estaba arrodillado. Apoyando la cabeza contra un estante de la biblioteca, colgantes los brazos.

Dos balas le habían atravesado el torso. Una tercera socavó un hueco tras su oreja.

Las habitaciones parecían haber sido barridas por un huracán. Cajones por el suelo, estanterías devastadas, libros abiertos. Volcado el proyector y por el suelo la pantalla desenrollada.

Los armarios abiertos desbordaban de ropa en desorden. El colchón había sido revuelto. Regresé al estudio-biblioteca.

Lola no tenía nada de la mujercita a punto de desmayarse. Miraba

inexpresivamente el cuerpo. Preguntó:

—¿Se llevaron el film?

—Es posible, pero no seguro. Han pasado por el cedazo el piso. Pero estoy convencido que Bogard supo encontrar un escondite infalible.

—¿Dónde?

—Tendré que pensar a fondo. Vámonos.

En el coche encendí un cigarrillo. Me temblaba la mano. Ahora estaba solo en mi tarea. Casi había olvidado la existencia de Lola, que murmuró:

—¿Qué piensa hacer ahora?

—El hombre que vimos salir es el guardián del domicilio de Mike Mistral, el cantante. Y una de dos: O es el asesino de Bogard, o es el tipo que debía darle a Bogard ciertos informes. Y voy a visitarle.

—¿Ahora?

—Ronda la medianoche. Es una hora adecuada para hablar de un crimen.

Conduje procurando filtrarme en el cerebro, vivo, de Albert Bogard. Si yo tuviera que esconder algo por cuya posesión se moría tan fácilmente, ¿qué escondite seguro imaginaría?

Revisé mentalmente el decorado de cada habitación. Y llegamos a Meudon.

Detuve el coche cerca del puente de la estación. La pregunta de Lola me sacó de mí abstracción, cuando me disponía a bajar:

—¿Lleva usted algún arma?

—No. Ni falta. Seso y reflejos. Además, corriendo soy un campeón. Aguárdeme sin impacientarse. Si no he regresado antes de media hora, vaya a visitar al comisario Lesage y explíqueme toda la historia.

—Una historia que no entiendo y de la cual solamente me ha explicado retazos.

—No se preocupe. Lesage tiene talento y práctica. Con varias piezas sabrá reconstruir todo el rompecabezas.

Avancé por la calle. Todo silencioso, húmedo y desierto. Las hojas secas ahogaban mis pasos. No llevaba plan preconcebido.

Envidio a los sabuesos peliculescos que saben adónde van y lo que les espera. Que intercambian una granizada de estacazos demoledores que bastarían para tumbar a un buey y luego se arreglan un poco la melena, como si nada.

Un perro ladró a lo lejos. Otro le hizo dueto. Y ya fue un concierto. De pronto enmudecieron. En el estanque de Mike Mistral, una rana se puso a croar.

Oí el silbido del tren. Pese al frescor, empecé a sudar. Pero seguí adelante. Jugaba mi última carta. Si fracasaba, tendría que regresar a mí mediocridad.

Suponiendo que el comisario Lesage me lo permitiese y Elías-Edmond

me dejase disfrutar de la vida, mediocre o no.

Ante el muro me detuve. El heroísmo en frío es fácil cuando uno está sentado en casita o en la cama, leyendo una novela llena de sangre y tripas. Ajenas.

Pero, de noche, a solas, en descampado y con rumores de bosque, le tiemblan a uno los temores infantiles.

Me encaramé, hice contracciones, un volteo y aterricé en un parterre de césped tan húmedo que me hundí hasta los tobillos. Unos setos me parapetaron hasta llegar al costado derecho del chalet.

Todas las ventanas cerradas. Una tenía la persiana exterior doblado.

Agachado, fui a tantear la madera del encuadre Nada abierto. Apliqué la cara al cristal. Mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad interior.

Losetas damero. Elementos empotrados de cocina ultra-yanqui. La puerta del fondo se abría sobre un corredor.

La rana volvió a croar. Una gota de sudor me resbaló por la sien. Cogí mi cortaúñas y empecé a rascar el mastic del cristal. No sé si tardé minutos o años en desencajar el vidrio, que dejé en el suelo.

En la calle, alguien silbaba, avanzando hacia el chalet. Me inmovilicé. Y el silbido pasó de largo y se extinguió.

Cuando entré en la cocina ya no sudaba. Chorreaba.

Exploré con lentitud. Hasta convencerme de que no había nadie. Fui registrando metódicamente. Partituras, fotos, contratos, cartas. Encendí una vela que no era decorativa.

Libros de Siquiatría, revistas de todas clases. Un montón de facturas, que hojeé sin interés hasta tropezar con una fantástica.

Un hallazgo formidable.

Un sastre. De su puño, y letra declaraba. “Un disfraz de corsario”...

Apagué la vela. La rana, que era incansable, acababa de enmudecer.

La gravilla de la alameda crujía bajo un paso sólido.

Me guardé la factura y me abalancé hacia el corredor. Llegué tarde. El individuo estaba ya dirigiéndose a la puertecita lateral. Oí un ruido de cristales rotos.

El muy estúpido acababa de pisar mi cristal desalojado de su sito.

Regresé al interior. Ya estaba abriendo la puerta quien fuese.

No tenía tiempo de abrir alguna ventana. En la maniobra me habría saltado encima.

Me agazapé tras un sofá. Y la luz brotó, inundándome. El que entró era el que yo suponía.

El hombre que vi salir de su visita a Bogard, el gorila que me recibió tan gentilmente, despidiéndome con una zancadilla.

Su mirada fue abarcando la sala. Empuñaba un revólver de corto cañón, apuntando al suelo, y al mismo tiempo se estaba despojando de su impermeable.

Esto me salvó. Me proyecté cabeza por delante contra su ombligo. Un impacto atinado. Salió hacia atrás retumbando con la espalda el tabique. Su revólver voló allá donde cayese.

Caí de espaldas sobre la alfombra muy lanuda. Con el gorila encima.

Debía pesar un centenar de kilos.

Removí las piernas, rodillas en émbolo, y, alcanzado, el gorila se encorvó hacia arriba.

Aproveché para rodar por la alfombra, saltar en pie, chocar con el piano, que emitió un lamento melódico, salir rebotado y beneficiarme del rebote para lanzarme como una flecha hacia el corredor.

Esta vez la tonelada la recibí de flanco y me encontré sentado. Era inútil herniarme en vanos intentos de lucha. El experto me levantó por las solapas y me arrojó sobre el sofá.

Recogiendo su petardo, avanzó la zurda y creí que iba a estrangularme.

Pero se limitó a cogerme por la corbata, dio un estironcito y dijo:

—Ahora hablemos como dos buenos chicos. Anda, desembucha. Rápido y claro. ¡Habla!

—¿Sobre qué tema?

El tortazo me cogió desprevenido, porque me lo atizó con la zurda que rodeaba mi corbata. Y lo encajé bajo los maxilares. Un simple revés, pero me zumbaron las orejas y repicaron badajos en mi cerebro.

—Vamos, explica.

Sacudí la cabeza para despejarme. Lo interpretó como negativa valiente. Vi unos nudillos cerrados, aproximándose en primer plano, y la escena fundió en negrura.

Como efectos sonoros, un coro de pajaritos y un gran cencerro.

La voz del gorila se me antojó lejanísima.

—Si no hablas, te estropeo un poco el físico.

Oí mi voz. También lejanísima y pastosa:

—Sigue así y no podré pronunciar ni el abecé, so animal.

Abrí los ojos. Me sangraba la nariz y mi entrevistador volvió a asirme de la corbata, dando tirones como si no me campanillease ya bastante la cabeza.

—Se me acabó la paciencia —declaró severo.

Hubo ruido de pasos y el gorila exclamó:

—¡Gastón! Tenemos visita.

La perspectiva de tener que ser interrogado por dos animales en vez de por uno me dio el valor de la desesperación.

Con ambos pies asesté un estupendo par de coces a mí interrogador.

Emitió un ronco gemido, retrocedió doblado en dos y llamó:

—Gas... ton.

Salté hacia delante levantando a la vez la rodilla contra la carota inclinada y, cruzadas ambas manos, las bajé lo más fuerte posible sobre el

ancho cogote.

Se aplastó, pero sin soltar su petardo, ahora encañonándome.

Me zambullí como un pez volador.

El disparo restalló muy seco.

CAPÍTULO VII

El silencio que siguió estremecía. Alcé la cara hundida en la alfombra.

Doña Dolores de Retamar estaba en el umbral y la automática en su diestra exhalaba una voluta de humo.

Como un precioso pebetero azteca o inca.

El gorila estaba desarmado. Levantaba la mano derecha muy en alto y con la otra se agarraba las narices.

Me levanté muy emocionado físicamente, pero alerta y jadeante.

—Vámonos. Está esperando a un compinche.

El gorila seguía arrodillado, mirándonos con asombro.

—¿No le hirió? —le pregunté a Lola.

Tuve que apoyarme en el sofá para recuperar el aliento normal.

—No. Me limité a dispararle entre los pies.

Recogí el petardo del afortunado y agarré a Lola por un hombro: Para llevármela. Y poderme apoyar en ella. Corrimos un poco y cuando llegamos al coche, una “D.S.”, negra giraba, procedente de la carretera nacional, penetrando en dirección al chalet.

—Embala, Lola —apremié.

Ella condujo sin prisa. Recliné la nuca sobre el respaldo. El paladar me sabía a reconstituyente ferroso. La nariz me palpitaba.

¿Encontraste lo que buscabas?

El tuteo brotaba natural.

—Ni siquiera sé lo que buscaba. Pero no cabe duda que ese Mike Mistral anda mezclado en el asunto.

—Estaba en la película.

—Sí, pero su oficio es cantar en cualquier fiesta. ¿Por qué tanto afán por recuperar el film donde aparece?

Y me quedé agotado. Una jaqueca atroz me estaba martilleando las sienes.

Me amodorré. Eran la una y treinta cuando llegamos.

En otras circunstancias habría saboreado la situación. Yo, sentado en el taburete del cuarto de baño. Lola, afanándose en torno, con algodones, alcohol y suaves presiones sobre mi nariz.

Diluyó tres aspirinas en coñac. Y por fin preguntó:

—¿Te encuentras ya mejor?

—Bastante más potable. Gracias.

—Deberías dormir.

—Todo lo que pueda.

Me condujo al primer piso. Me introdujo en una enorme alcoba, con un lecho medieval, de columnas, cortinas y toldo.

—Mañana hablaremos, David. Buenas noches.

Salió, cerrando por fuera. Me senté en el tálamo, cuyo colchón no era anacrónico, sino de muelles.

Y saqué el papel revelador. Una factura de la sastrería De Smart, uno de los árbitros de la elegancia masculina en París.

Estaba redactada a nombre de Mike Mistral con su dirección del chalet de marras. Mencionaba el disfraz corsario con sus complementos y el precio total daba vértigo.

Pero lo que a mí me interesaba eran las líneas escritas a máquina bajo la firma del sastre: “Remitir a: Portes pagados. Expedido Casilla Postal 39. Vevey. Cantón del Vaud. *Suiza*”.

El baile de disfraces debió tener lugar, es decir, fue filmado, a partir del 4 de setiembre, ya que esta era la fecha de la factura.

En la ciudad de Vevey. Un hotel o mansión solariega. Era el primer punto positivo que había obtenido desde el principio del asunto. Casi seguro, sería la clave del misterio.

* * *

Como era de suponer, la muerte de Albert Bogard ocupaba gran extensión en la Prensa. Se hacían muchas hipótesis. Ninguna acertada.

Otro suceso, pero ocupando apenas cinco líneas, y en sexta plana. En un jardín público, cercano a mí casa, habían descubierto el cadáver de un tal Richard Molinero, alias Rico.

Muy conocido por la policía. Se daba por supuesto que el cadáver fue arrojado allí tras una ejecución sumaria. Acertaban.

Lola, valiéndose del amistoso tuteo, estaba adoptando actitudes de hermanita protectora.

—En tu lugar, no saldría durante otras veinticuatro horas. Así, descansas del todo, te repones y quizá, mientras, se te ocurra pensar dónde escondió Bogart el film.

Acepté. Hice una prueba para saber hasta dónde llegaba mi libertad bajo vigilancia protectora. A media tarde, cansado de leer, sugerí:

—Me gustaría ir al cine. A ver “El Gatopardo”.

—Rufino te llevará en el “Mercedes”.

La compañía del más robusto de los Duarte no me entusiasmaba. Finté:

—Contigo estaría más a gusto, Lola.

—Oh, yo... El cine, ¿sabes? no me atrae mucho. Además, tú mismo dijiste que era preferible no nos vieses juntos.

—Exacto. Juguemos al ajedrez.

Jugaba muy bien. Después de cenar, sirviéndome coñac, Lola dijo:

—Mañana es el entierro.

—¿Eh, cómo?

—Tu amigo Bogard. ¿Acaso no pensabas asistir al funeral?

Y decidió que Rufino me llevaría en el “Mercedes”.

Rufino Duarte conducía el soberbio “Mercedes” gris plata. A su lado, su primo Duarte ojeaba las fotos del “Paris-Strip”. Vestían de oscuro y no había manera de entablar conversación.

Ante la que fue residencia particular de Albert esperaba la furgoneta mortuoria. En el tercer piso se oían rumores que recordaban más un cóctel mundano o una reunión de jugadores de canasta que el recogimiento de unas honras fúnebres.

Fui abriéndome paso. Nadie parecía dedicarme la menor atención. Hasta que, precedida por su perfume de limón y violetas, se me arrimó Cleo.

—¿Dónde diablos estabas metido?

—Muy largo de contar. ¿Qué haces aquí, muchacha?

—Supuse que vendrías —y se relamió antes de añadir—: Mira a tu derecha.

Eché una furtiva ojeada. El comisario Lesage parecía un familiar resignado. No me había visto o lo simulaba.

—Gracias, muchacha.

—¿De qué?

—Gracias a ti me encuentro con el comisario.

—¿Y tú que venías a encontrar aquí?

—El film.

—¿Estás seguro de que se halla en este piso?

—No.

Suspirando, aseguró ella:

—Eres un talento como detective. Has creado un nuevo estilo. Encontrar al asesino por eliminación sucesiva de la humanidad. Cuando en la tierra ya no queden sino dos habitantes, habrás detenido al asesino. Será el otro habitante.

—No remuevas el puñal en la llaga. Por lo menos ya sé dónde rodaron el películón. En Suiza.

—También hay vacas, quesos y nieve.

No pude contestar. Una mano se posó en mi brazo.

—El porcentaje de mortalidad entre sus amigos es elevado últimamente —me dijo Lesage con cara de circunstancias ambientales.

Me arrastró hacia una ventana y comentó:

—Después del asesinato, dejaron este piso en un estado deplorable. Registrado a fondo. Todo cabeza abajo. Y, en cambio, solamente una cosa estaba intacta, bien colocada.

Lo vi venir y me maldije por una de las tantas estupideces mías. Tras registrar el proyector, por si tenía el film puesto, lo coloqué en su estantería, y hasta cerré el trípode. Gestos maquinales.

—Algo me chocó. El aparato estaba intacto al parecer, en su sitio. Sin embargo, la pantalla se hallaba rasgada, por el suelo. Y había un tope de caucho.

—Ah, ¿un tope de caucho?

—El trípode del proyector, bien doblado en la estantería, había perdido una de sus calzas. El tope de caucho por el suelo. Curioso, ¿verdad?

—Su profesión ha de ser muy interesante, comisario. O sea que usted deduce que el asesino se tomó la molestia de dejar el proyector en su sitio, después de registrarlo todo.

—O bien una tercera persona se introdujo aquí luego de cometido el crimen. Tal vez volvió a colocar el proyector en su sitio para que no se relacionase la muerte con... un film.

Hubo un silencio. Alguien preguntó:

—¿A qué esperamos?

—Al presidente del Consejo de Administración.

—Ahí viene.

Un venerable anciano por su aspecto, cerebro financiero de la empresa Interpress, avanzó hacia el féretro, inmovilizándose con el sombrero de copa a la altura del corazón.

—Saque deducciones —me susurró Lesage—. Un chantajista se suicida con un revólver con silenciador. Un fotógrafo amigo suyo, del chantajista, es acribillado cerca de su casa de usted. El director de una sección de Prensa es asesinado. Y usted está aquí. O cerca. Sin contar el cuerpo de un maleante descubierto a dos pasos de su casa de usted, Martel.

Ya no intenté reaccionar. A su modo, Lesage me estaba dando una felpa, como el gorila de Mike Mistral.

—Por cierto, ¿conoce a un tal Bernard Damiel? Resulta que conocía al polaco Korsac. El hijo Damiel Se traía un negocio sucio entre manos. Korsac le falsificaba, muebles para darles aspecto de antiguos, y el hijo Damiel los vendía en la tienda, en las horas en que su papá se ausentaba o en sus viajes por provincias.

El presidente acababa de sacar una cartulina. Hubo fogonazos de flashes.

—Si no le parece molesto, Martel, terminado el funeral, seguiremos nuestra conversación. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Hasta luego.

El presidente empezó su discurso. Yo me fui deslizando lateralmente hacia Clementina. El presidente proclamaba:

—... víctima valerosa de una implacable conciencia profesional llevada al extremo del paroxismo en su sacrificio...

—¿Y ahora qué vas a hacer? —musitó Oleo en mi oreja—. ¿Estás seguro de que el film puede estar por aquí?

No le contesté. Ya me hallaba seguro. El film maldito estaba en el piso. ¿O si no, por qué habría venido Karl Elías-Charles Edmond al funeral?

A una distancia de cinco o seis personas. Me dedicó una grave cabezada, pero había una sonrisa ambigua en sus delgados labios.

Dos hombres le escoltaban. Las miradas que mantenían fijas en mí me ilustraron. Uno era grande y macizo. Moreno. El otro, menos compacto, tenía la misma característica.

Ojos de porcelana. Pupilas desprovistas de toda humanidad.

Para evitar la desagradable convergencia de tres pares de pupilas homicidas, fui recorriendo con la vista la pared, los cuadritos, las estatuitas de buen gusto, el reloj vertical siglo Luis XVI...

Un mueble bonito, sin ser mueble. Un trasto anticuado.

Me volví hacia Clementina:

—¿Conoces el Mesón de los Lilas?

—¿Qué diablos es?

—Una tasca al final del bulevar Saint Michel, después del Luxemburgo. Escúchame con atención...

El presidente empezaba a enredarse en su necrología. Logró terminarla, sin más toses y balbuceos. Los empleados de la funeraria levantaron la caja por sus empuñaduras de plata.

Empezó a desfilar el cortejo y los principales asistentes iban recogiendo las coronas de flores. El comisario Lesage me seguía. Y seguían al comisario, Elías y sus dos acólitos.

Todos seguíamos el ataúd. Bajando la escalera me acodé al lado de un administrador de "France-Presse". Caballero calvo, que había respondido cortésmente a mí saludo.

Llevando a mis tacones a Lesage, Elías y compañía, Clementina podría operar tranquilamente en el piso.

En la acera, iban dirigiéndose a sus coches. Me adherí al administrador, que se disponía a introducirse en un "Imperial" con chofer de librea.

—¿Puedo rogarle que me lleve al cementerio?

Una petición difícil de negar en un entierro.

—Cómo no. Suba, señor...

—Martel.

—Celebro serle útil, señor Martel.

Ante el "Mercedes" gris, los Duarte me contemplaron con inquietud. Les hice un gesto de apaciguamiento, indicándoles siguieran el coche en que acababa yo de instalarme.

El cortejo rodante empezó a movilizarse. Los lujosos cacharros desfilaban con solemne lentitud. En fila india.

A mi lado, mi transportista provisional hacía evidentes esfuerzos para

recordar si me conocía de algo.

Cuando entramos en la Avenida Marronnier, el comisario se hallaba a tres vehículos delante del mío. Elías a cinco detrás. Un enorme cacharro norteamericano, con matrícula de tránsito turístico.

—Ha sido una ocasión muy triste la que nos ha permitido volvernos a ver —lanzó como globo de ensayo mi vecino.

Aprobé silenciosamente con solemne cabezada.

—En mi último entierro —dijo como si tuviera nueve vidas gatunas—, exactamente hace tres semanas, volví a encontrarme con el simpático Chantel. Lo conoce, ¿verdad?

—Mucho.

Esto pareció reanimarle y adoptó un tono confidencial:

—¿Sabe usted lo que me contó?

Nunca lo supe. El cortejo acababa de aminorar la marcha para dar la vuelta a la Plaza Boilly. Abrí la portezuela y salté a la calzada.

El administrador chillaba:

—¡Pero, qué...! ¡Oiga!

Yo rasaba a todo sprint la fachada del Museo Boilly, tomé el viraje sobre un tacón, y seguí corriendo pendiente abajo, doblando otra esquina con verdadero ímpetu.

Un barrio que me gustó más que nunca, con su laberinto de callejas.

Y recobrada la respiración, cogí un taxi.

En el pequeño jardín de “La Closerie des Lilas”, unos turistas yanquis se hacían retratar bajo las glorietas floridas.

Una pareja de estudiantes estudiaba. Una pareja de pintores discutía ferozmente.

Atravesé el jardín y entré en la sala. Allí, en una esquina, mi fiel Cleo. Y sobre su mesita, al lado de la taza de té, una caja plana y redonda: el film.

Fui a sentarme a su lado y me dijo entre dientes:

—Un policía me ha seguido desde que salí. Está en la otra esquina. El del impermeable verde. Se pasa el tiempo mirándome las piernas.

—El pobre se aburre, mujer.

Acaricié la hojalata circular. Cleo me miró con una leve admirativa sorpresa.

—Estaba donde dijiste. Pegado con esparadrapo en la cara posterior del disco del péndulo. Imposible verlo sin abrir y quitar el péndulo. Y ahora, ¿qué harás?

—Irme a Suiza.

—¿Eh? ¿Otra vez con la misma manía?

—Allí es donde filmaron. Tú harás lo siguiente: si dentro de veinticuatro horas no te he dado señales de vida, visitarás a Lesage y le contarás mi historia.

—¿Y el film?

—Me lo llevo. Si te lo dejo, corres el riesgo de que te importunen como a Korsac, a Roland, a Albert...

Quedó convencida, pero manifestó:

—Es la única prueba que posees.

—Precisamente, mujer, y porque no trabajo para la posteridad, lo hago así. Si no me pasa nada, el film carece de valor. Ya habré comprendido con qué finalidad fue tomado.

—Pero... ¿y si te pasa algo?

—Entonces será algo definitivo. Mi postrer reportaje. Mi muerte le servirá a Lesage para atar cabos y figuraré en primera plana.

Le cayeron dos lagrimones y murmuró:

—Acabaré por creer que estás loco, David.

El policía que nos estaba mirando nos contempló ahora con aspecto apenado. Manifesté:

—Su misión es seguirte a ti. No me cortará el paso. ¿Estás segura de que no te vio cuando abriste el reloj?

—Se asomó cuando yo tardaba en bajar las escaleras —y sorbiendo por la naricita, añadió—: Voy a pasar veinticuatro horas horribles.

—A mi vuelta pasaremos veinticuatro años deliciosos. ¡Chao!

Me llevé la caja plana y circular bajo el sobaco con toda la indiferencia posible. Por un espejo percibí la cara del policía.

Parecía debatirse en un doloroso caso de conciencia profesional, pero siguió sentado. Su misión era seguir a Cleo y dar cuenta de todos sus pasos.

Giré la cabeza, en el jardín. En el marco de flores, Clementina se me antojaba la felicidad perdida.

CAPÍTULO VIII

A las once entré en la autopista del sudeste, al volante del “Panhard”. Recuperado cerca de mi domicilio, con precauciones de sioux. Eran obligatorias.

Un policía de paisano, sentado en un banco frente a mí inmueble, se amparaba en un desplegado periódico. Se le veía el plumero porque, de vez en cuando, asomaba la vista por encima. Cada vez que alguien pasaba por delante del zaguán.

A las seis de la tarde, tras dos breves etapas nutritivas, pasé la frontera suiza, de aduaneros muy discretos. Miraron mi carnet de Prensa y la portada de mi pasaporte.

No estaba yo todavía en la lista negra con salidas bloqueadas.

A las diez de la noche me dolían los riñones y me quedaban aún veinte kilómetros para llegar a Vevey, cuando decidí hacer la tercera etapa. El lago era precioso y una posada me invitaba. Cené especialidades de la casa.

Trucha ahumada, venado a la brasa, y como riego un blanquillo ligero. Intentaba apartar de mi mente la sucesión de ideas que se embrollaban confusamente.

Pero era imposible. Volvían al asalto. Dos antiguos amigos, muertos.

Tres personas a las que engañaba: Lesage, Clementina y Lola.

Me encontraba ahora como me merecía: muy solo.

Pedí al camarero un plano de Vevey, que consulté bebiendo un café muy fuerte. En principio, tenía que descartar el núcleo urbano.

Tenía una indicación muy precisa: la escalinata dando acceso a una puerta de cristales con hierros forjados. Y la fachada con yedra.

La casilla postal, aparte estar cerrado Correos, no servía de pista. Cualquiera, con la llave, recogía el impreso y se llevaba el paquete facturado a portes pagados.

En Vevey fui buscando cualquier bar exterior, pero aparentemente no se vivía allí al ritmo de Saint-Germain-des-Prés. Todos los portales estaban cerrados y todos los burgueses acostados.

En una esquina encontré por fin luces. Una cervecería. Banquetas confortables, paneles relucientes como espejos, atmósfera patriarcal, con un trío de bebedores.

La camarera de trenzas rubias y ancas de yegua vino a depositar la jarra de cerveza. Le dediqué una sonrisa cordial, preguntándole:

—¿Se puede uno divertir en Vevey?

—Depende con quién —replicó juiciosamente, con su francés plácido y de vocales dilatadas—. Lo que importa no es el sitio, sino la compañía, digo siempre.

Sus ojazos bovinos me detallaban con tanta franqueza natural, que me hubiese yo sonrojado veinte años atrás.

—¿Oyó hablar del baile de disfraces? —insinuó.

Su cara se nubló de desconfianza. Debió imaginarme un parisino maníaco de “ballets rosa” y orgías romanas con vestales disfrazadas de odaliscas.

Ella era del género sencillo, sin complicaciones, rústica. Me dijo que no con la cabeza, muy seria de pronto. Se fue al mostrador, tras el cual permaneció como tras una trinchera.

Fui a sentarme ante ella, con otra sonrisa amistosa:

—Me comprendió mal. Soy periodista y hago un reportaje sobre los festivales de verano al borde del lago. Me hablaron de fuegos artificiales y bailes de disfraces, ¿comprende?

Reapareció el destello cariñoso en sus ojazos:

—Ah, bueno... Eso es otra cosa. Hubo los Florilegios, pero en cuanto a bailes de máscaras, eso quizá en casas particulares.

—¿En qué época?

—Setiembre.

La fecha coincidía con la factura del disfraz de corsario. Fuera había bruma. Buscar una casa con fachada recubierta de yedra y puerta de hierro forjado era absurdo.

Además, estaba molido. Pregunté dónde podría dormir, y casi a tientas, tres casas más allá, entré en una pensión familiar de nombre complicado que terminaba en “Hof”.

Coloqué la caja bajo mi almohada y dormí de un tirón. A la mañana siguiente llovía a chorros. Desde mi cama, podía ver la superficie gris y arrugada del lago.

Me traje el desayuno una anciana que parecía sorda y avinagrada.

Abajo el conserje campeaba ante un cartel que afirmaba: “El Lago Lemán le sonríe”.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Busco una casa con jardín y fachada cubierta de yedra.

Se rascó la yugular y afirmó:

—Abundan.

—Tiene una puerta con hierro forjado.

Me apliqué a dibujarle, en un folleto, el porche, el hierro forjado, y se lo enseñé. Lo contempló con gran atención y dijo:

—Ya veo. Un porche y una puerta con hierro forjado en sus cristaleras.

—Exacto. ¿Puede decirme dónde se halla más o menos?

—Porches como este y puertas así, abundan.

Todo abundaba. Preferí otro camino:

—¿Correos, por favor?

—Calle adelante hasta la primera plaza. Allí mismo, señor.

En Correos, la empleada de Casillas Postales habló con precisión de cronómetro:

—No podemos facilitar ninguna dirección, salvo orden judicial.

Mi carnet de Prensa la dejó totalmente fría. Siguió especificando con la sensatez suiza:

—Orden judicial, señor.

Al mediodía ya había recorrido unos ochenta kilómetros entre los bordes del lago y el interior de la campiña.

Vi fachadas con yedra, sin porche. Puertas con hierro forjado, sin yedra en la fachada. Hierro forjado y yedra, sin escalinata.

Me expulsó de un jardín un lacayo gruñón como un perro dogo. Un jardinero aceptó a medias mi explicación de aficionado a hierros forjados. De todos modos, la puerta cristalera no tenía forjados.

Almorcé en una posada idílica. Comí demasiado o tal vez fue el vino que parecía inocente y era traidor. Me amodorré un poco. Y a las tres, el camarero hizo tintinear mucho los servicios.

Y reemprendí la exploración, pero esta vez con más talento. Provisto de unos excelentes prismáticos adquiridos en la posada, cuyo bazar vendía todo lo práctico para un turista.

Al este contemplé vacas pastando y granjas. Al oeste, muchas residencias, que me obligaron a seguir una carretera con mucho serpenteo.

Empezaba a caer el crepúsculo cuando, al sur, desde una ladera vi los picudos tejados de pizarra sembrados en zona boscosa. Grandes mansiones muy separadas entre sí.

Y apreté con fuerza mis prismáticos. Allí debajo mismo la estaba viendo. La escalinata, el porche, la cristalera con hierros forjados, la fachada recubierta de yedra.

Cuando encontré el sitio propicio para camuflar el “Panhard”, ya era de noche. La suerte me favorecía. Una noche sin luna que se tragaba la tierra a unos pasos.

Obligándome a avanzar con tiento, hasta palpar la tapia. Unos dos metros y medio. Ni un rumor, salvo el susurro del ramaje alto.

El valor nunca me ha sobrado. La inconsciencia es mi guía.

Retrocediendo, tomé carrerilla. Rocé el borde superior por si había vidrios. No los había. Cabalgué de lado y, con un poco más de gimnasia, caí de pie sobre césped espeso.

A lo lejos vi las luces de la casa. Una en la planta baja. Varias en los dos pisos altos.

El parque era estilo jardín inglés. Facilitaba la aproximación discreta. A

Pocos metros de la escalinata me detuve tras un arbusto floral. Más allá de las rejas de hierro forjada veía el vestíbulo de entrada y reconocí la barandilla de la escalera que subía al primer piso.

Toda una mansión y parecía tener pocos habitantes. Di la vuelta a la casa y llegaron a mí olores aromas de fritura y guisos.

Normalmente, estarían cenando. Tendría ahora que esperar un poco para poder explorar el interior. Los suizos tenían fama de acostarse pronto. Pero, ¿y si no eran suizos los inquilinos?

Me habría ahorrado muchos sudores si hubiese vuelto a mí apostadero ante la puerta principal.

Entonces, en la espera, habría podido leer lo que decía una placa a un lado de la entrada.

Lo supe mucho después. Aquella placa empleaba el eufemismo delicado de “Clínica de Reposo”. Vulgarmente manicomio.

Pero yo no me enteré a tiempo.

Seguí en mi puesto frente a la cocina. Se iluminó de pronto la bombilla sobre la puerta. Y apareció un tipo silbando. Llevaba un cubo de basura. Lo vació en una carreta.

Por la abierta puerta vi un corredor poco iluminado.

El tipo limpió el cubo bajo un grifo, sin dejar de silbar. Era robusto, y debía ser el cocinero, porque vestía batín corto blanco, pantalón blanco y sandalias blancas.

Regresó adentro, la puerta restalló y de nuevo reinó la oscuridad. Esperé unos veinte minutos, antes de ir a palpar la puerta. Fui bajando con lentitud la manija.

Y entré. Al fondo del corredor poco iluminado había una escalera de caracol.

El buen sentido común aconsejaba salir y esperar a que el personal de la servidumbre estuviera acostado. Pero corría el riesgo de encontrarme con todo cerrado.

Avancé por el pasillo. Oí voces a mí derecha. Una voz masculina:

—¡Acabó mi turno y ya era hora! Voy a dormir.

—¿No quieres más café? —preguntó una voz femenina, imperativa.

—Poco y bien azucarado. Así dormiré sin pesadillas. Si no fuera por lo bien que pagan...

No oí más. Ya estaba junto al pie de la escalera, dispuesto a esconderme en el rincón donde se alineaban escobas y lustradoras. Fui subiendo. Llegué a una puerta de sólida madera con herrajes.

Se hallaba cerrada, pero el pestillo estaba de mí lado. Lo descorrí y entré en una estancia totalmente a oscuras.

Poco a poco observé que era una gran sala, que podía servir lo mismo para conferencias como para comedor. Por el relente de comida que aún flotaba, deduje que era un comedor.

Por las dimensiones de la mesa, allí comían por lo menos una veintena de inquilinos. Sería una familia numerosa. O una banda de *gangsters*.

Al otro extremo había un gran umbral. Daba a un rellano, desde el cual vi abajo el vestíbulo donde tuvo lugar el baile de máscaras.

El rellano era como una galería interior encuadrando una serie de puertas cerradas.

En el piso de arriba una puerta restalló y una pisada fue avanzando hacia la amplia escalinata.

Busqué sitio propicio por la galería. Un entrante de puerta.

Vi bajar a un individuo. Ahora vestía de blanco y su anatomía era impresionante por su robustez. Lo reconocí inmediatamente. Era uno de los que en el film iba disfrazado de dominó.

Si me veía, la cosa se pondría fea.

Y en aquel mismo instante, la puerta contra la cual yo me adosaba, se abrió. Me volví bruscamente, con el corazón dando brincos.

Una mujer me contemplaba, con la boca abierta, como disponiéndose a saltar sobre mí aullando.

Debería tener unos veinte años y sus rubios cabellos, compactos, le colgaban en guedejas lacias. Vestía una especie de camión azul pálido.

Sus ojos verdes parecían alucinados y su tez era palidísima. Susurró:

—Entra. Pronto.

Entré sin pensarlo. Una chiquilla inofensiva. Y apenas cerró la puerta, echó atrás un mechón y dijo complacida:

—Ya sabía yo que Margot no me abandonaría.

Su voz era ronca, pero no desagradable. Preguntó:

—¿Tienes la cafetera muy lejos?

—¿La cafetera?

—Vamos, vamos. No habrás venido a pie.

—Ah, sí. No está lejos mi cacharro.

—¿Has visto a Riri?

—Pues no.

Seguro que me confundía con alguien. Era cuestión de no llevarle la contraria, en espera de más aclaraciones.

Fue un gran acierto eso de no llevarle la contraria. Luego me enteré que la muchacha, cuando le daba un ataque, era de una agresividad feroz y salvaje. Para colmo, yudoka.

—Estás muy sucio —comentó señalando mi rodilla que asomaba por la pernera rasgada.

—Tuve que saltar la tapia a oscuras.

—Entonces eres un detective privado. Bueno, al grano.

Fue a un armario y sacó un vestido sastre. Y volviéndose, preguntó:

—¿Margot te lo explicó todo?

—Pues no. Todo, no.

—No eres feo. Eres interesante. Unos treinta y cinco, ¿a que sí?

—Sí. Oiga, señorita...

—Sin cumplidos, mozalbete. Llámame por mí nombre de pila. O el diminutivo, que es precioso. Naná.

—Precioso, Naná. ¿Conoces a un tal Miguel Retamar?

—Aquí los verdaderos apellidos no los usamos, ¿comprendes?

—¿Por qué no?

—¡Porque no nos da la gana, ea! ¿Pasa algo?

Tenía mal genio Naná. Y yo seguía en el limbo. Pregunté:

—¿Conocerás a Mike Mistral?

Su rostro se iluminó:

—¡Es un sol! Me hace llorar cuando canta —y, dejando el vestido sobre la cama, murmuró con voz temblorosa—: Voy a ver nuevamente a Margot. Me cuesta creerlo. Hace ya tres meses que estoy aquí. Pero tenemos que esperar. Es a esta hora aproximadamente cuando pasan.

Me dirigió una ojeada cautelosa y, sentándose en la cama, manifestó:

—Te noto raro. ¿Eres tonto o qué? ¿No me comprendes?

—Yo solamente recibí el encargo de Margot y he venido. Pero, comprende, muchacha, que así de pronto, hay cosas que no acabo de entender.

—¿Llevas petardo?

—Pues no.

—Eres un imprudente, castaña. Ellos son fuertes. Mira.

Tendía el brazo desnudo, mostrándome la cara interior del codo, lleno de picotazos azules.

—Así es como nos tienen secuestradas, a base de jeringazos. Apenas intentamos protestar, ¡hala! jeringazo al canto.

La banda de Elías debía ser la rival de la pandilla que habitaba la casa, y tenía aterrorizadas a aquellas pobrecillas.

—¿Por qué tu amiga Margot no avisó a la policía?

—Sabe que la policía no conviene. Luego, todo el mundo se entera, y una es la principal perjudicada.

—Claro. Comprendo.

Cerrados los ojos, bamboleando la cabeza, empezó ella a canturrear:

—“Naná es buena, Naná dormirá...” —y abriendo los ojos se echó a reír alocadamente—: Tengo que vestirme.

Me volví de espaldas. Ella continuó:

—Ya no tardarán en terminar la ronda. Y nos iremos. ¡Oye! No me harás lo mismo que el otro, ¿eh?

—¿Cuál otro?

—El fotógrafo que tenía un mostacho rojo.

Korsac. Todo iba encajando.

—¿Qué hizo?

—Se coló en mi cuarto prometiéndome que me llevaría lejos de aquí. Y me dejó.

—Yo no te dejaré, muchacha. Pero sería mejor que volviese mañana. Volveré a la misma hora. Con un amigo.

El amigo sería el comisario Lesage. Acababa de decidirlo. Le telefonaría apenas saliese. Era inútil seguir a solas una investigación cuya clave ya poseía.

Todo estaba claro. Korsac, enviado por la pandilla de Elías, entró clandestinamente. Tomó la película desde varios ángulos. Para efectuar chantaje o también para obligar a la banda rival a compartir los beneficios de su sucio negocio.

Naná se estaba calzando y anunció:

—Media vuelta, gran hombre. Nos vamos ahora. Porque tú mañana no volverías.

De todos modos, yo tenía que irme. Abriendo la puerta, me asomé. Nadie en la galería. La cogí de la muñeca y la llevé hacia el comedor.

Lo atravesamos. Ella me seguía torpemente, como si ya no supiera caminar sobre tacones altos.

Abrí la puerta que comunicaba con la escalera de caracol.

Y apareció una cabeza. Nana lanzó un alarido.

La cabeza se agrandó. Pertenecía a un hombre que llevaba una bandejita clínica. Con agujas, ampollas, etc. Empujé con la suela y el hombre rodó escaleras abajo, gritando. Chillaba con acento suizo, pero los efectos serían los mismos.

Di media vuelta. Nana había desaparecido. Corrí hacia la galería.

Puertas que se abrían, voces que se interpelaban, y del segundo piso bajaba a saltos un energúmeno.

Lo reconocí, por los hombros descomunales y el grueso cuello. El que en el film reducía al que quería escapar.

Seguí corriendo por la galería. Asomaban caras extrañas. Rientes, lloronas, estúpidas, malignas...

Una pesadilla.

Y de pronto, una puerta que se abrió del todo.

Salió una mujer cerrándome el paso.

Dolores de Retamar. Lola o Dolly para las amistades.

Me atrajo por la mano, me hizo entrar en la habitación y cerró.

CAPÍTULO IX

En la cama había un hombre sentado. En pijama rayado. Era el ministro Miguel Retamar. Me contemplaba dulcemente, casi con simpatía. Agitó los dedos de la diestra en saludo muy afectuoso.

—Pobre imbécil —murmuró Lola.

No supe si se refería a mí o a su marido.

Llamaban a la puerta. Tres toquecitos.

—Un momento —dijo Lola—. Espérame, Martel.

Salió y al otro lado de la puerta habló en voz baja con alguien.

Al fondo de la sala descubrí entonces, instalado en un sillón, a Pablo Duarte. Tenía un revólver en la diestra. Y eso me tranquilizó.

Retamar había cogido el libro en su regazo. Y como si no existiese, con aquella dulce sonrisa irritante comenzó a leer.

Me pareció demasiada indiferencia. Le interpele:

—Oiga, Retamar. Ha escogido usted un lugar bastante extraño para reunirse con su esposa, ¿no le parece?

Retamar no se dignó contestarme. En algún lugar cercano una muchacha lanzaba un grito agudo. Debían estar dándole un pinchazo a la pobre Nana.

La puerta se abrió. Y cerrándola, anunció Lola, mirándome:

—Todo arreglado. Saldrá bajo mi protección. El coche nos espera y no intentes ninguna tontería o no respondo de lo que podría sucederte.

Hizo un ademán y Pablo me registró cuidadosamente. No me encontró armas.

Y si era el film lo que buscaba, iba listo. Estaba en el “Panhard” aparcado entre espesa arboleda.

Abandonamos la habitación de Retamar, que seguía leyendo como si nada.

Lola a mí lado. Pablo a mí espalda.

Todas las puertas se habían cerrado. La gran mansión se hallaba nuevamente en silencio.

Bajo el porche aguardaba un individuo alto, elegante. También vestido todo de blanco. Batín corto. Saludó gravemente:

—Mis respetos, señora. ¿Ha encontrado mejor a Su Excelencia?

Igual, por ahora, gracias.

El “Mercedes” gris esperaba. Lola se instaló atrás, invitándome con un gesto. Pablo sentóse junto a Rufino, que empuñaba el volante.

Por el cristal vi la placa:

DOCTOR LAMBERT

Clínica de Reposo

Me quedé boquiabierto, y solamente me recobré cuando el coche penetraba ya en la carretera, barriéndola con sus faros.

Al otro lado de las caderas de Lola Retamar vi un objeto plano, circular: Mi film.

—Estás como alelado, Martel.

—Era... era un manicomio.

—Una clínica de desintoxicación para adictos a la droga.

Pablo, vuelto sobre el respaldo, dirigía indolentemente su revólver hacia mis pies.

—¿Es que sigues sin comprender, David? Te viene bien el nombre. David y los gigantes —sonrió Lola malignamente.

Empezaba a comprender algunas cosas. La verdad reveladora iba poco a poco desvelándose en mi cerebro. Y no tenía nada de tranquilizadora esta verdad.

—Maltrataste a un honrado enfermero suizo y has participado en la intentona de evasión de una mitómana completamente desquiciada por la marihuana. Por suerte, estaba yo allí. El director de la clínica aceptó mi explicación. Uno de mis escoltas, tú, tenía un exceso de bebida.

—Creo que voy viendo, doña Lola. Tú ordenaste que liquidasen a Roland Foret.

—En efecto. Y también a Albert Bogard.

—¿Quién es Karl Elías?

—Su verdadero nombre es Carlos Elizondo, enviado muy especial del Partido Liberal, el grupo político contrario a la elección de mí marido para la Presidencia de la República.

—Ya veo. No se elige nunca, por sucia que sea la política, a un hombre que está sometido a una cura de desintoxicación.

—Mi marido hubiera obtenido la victoria. Mi fortuna le permite sobornar. Y él es incorruptible, cualidad que aprecian mucho en mi país, por lo rara. Cuando partimos hacia Europa, Elizondo o Elías, sospechó que nuestro viaje tenía un significado oculto.

—¿Sabía ya que Retamar tomaba drogas?

—No. Pero nos espió. Y tuvo la idea del film. Demostrando que el candidato a la Presidencia era un drogado; confiaba que nos retiraríamos discretamente cuando empezase la campaña electoral.

Puesto que Lola me daba tantas informaciones a mí, un periodista, es que había tomado una decisión: suprimirme.

—¿Cómo pudiste adivinar que iba yo a venir aquí, Lola?

—Por tus evasivas cuando volvíamos del chalet de Mike Mistral... Por tu deseo, mal disimulado, de encontrarte a solas lo antes posible. Hay mirillas antiguas en las alcobas. Te vi leyendo algo con gran interés. Cuando dormías, entré y vi la factura del disfraz enviado a Vevey.

—¿Qué pinta en todo esto el cantante?

—Es un pobre diablo con desequilibrio mental. Sus empresarios desean que se ignore que está recluido. Saldrá y puede producirles beneficios.

—Pero, Elías, quiero decir Elizondo, ¿cómo puede demostrar que el film fue tomado en un manicomio?

—Un sanatorio de reposo y mi marido no está loco. En cuanto a tu pregunta, fue Korsac el que me reveló el misterio. Bajo la imagen donde aparece mi marido, está la placa, borrosa. Pero ampliando el cliché se habría podido leer fácilmente: "*Doctor Lambert. Clínica de Reposo*".

—Pero si Korsac trabajaba para Elizondo...

—Cometió la torpeza de querer jugar a dos paños. Elizondo le había pagado para que tomase fotografías. La noche del baile se introdujo de un modo u otro. A su regreso a París, me telefoneó, explicándome que podía venderme un documental muy comprometedor para mí esposo. Elizondo se me anticipó. Lo hizo liquidar. Y fue entonces cuando tú te entrometiste con tanta torpeza.

—¿Tus matarifes confundieron a Roland conmigo?

—Sí. Como conocía el plan de Elizondo, comprendí que si te suprimía a ti, tu amigo de la Prensa publicaría el documental. Significaba mi derrota. Por esto te hice proteger.

—Muy agradecido por tanta bondad. Me abrumas.

—Era preciso acabar con el periodista Bogard. Pero no encontramos el film.

—¿Qué hacía allí el escolta de Mike Mistral?

—Es simplemente un asalariado que aleja curiosos del chalet. Está a sueldo de una firma de discos. Quería seguramente ver a Bogard para venderle el secreto sobre Mike Mistral. No pudo hablarle porque ya estaba muerto Bogard.

Ya quedaba poco por decir, aunque me escarbaba las meninges para ver de salir de la situación. Ironizó ella:

—Nunca comprendiste nada de nada, pero lograste encontrar el documental.

—Algo es algo.

—Una vez destruido el documental, no quedará relación alguna conmigo. Las sospechas recaerán sobre otros. O sobre ti. Una banal historia de chantajistas. Pero, ¿chantaje sobre quién y sobre qué? Sólo hicisteis cébalas sobre el incidente del baile.

—Un loco que tuvo un arrechucho.

—Exacto. El doctor lamentó esta iniciativa destinada a distraer a sus

enfermos. Parece ser que el baile resultó muy fastidioso.

—¿La orquesta era de orates también?

—No son dementes, sino intoxicados.

El coche penetró por un camino bordeado de setos. Mal destino me esperaba.

—Tu desgracia ha sido encontrar el documental y descubrir la clínica, porque posees todos los elementos para un reportaje sensacional.

Su aristocrática mano acariciaba la caja plana.

—Me habría divertido hacerte desaparecer junto al film, David. Pero es más prudente liquidarte de otro modo.

—¿Qué pasará con el film?

—Arderá.

—¿Y yo?

El “Mercedes” acababa de detenerse a escasa distancia del “Panhard”. Pablo me hizo seña de que bajase. Rufino ya estaba esperándome a un lado de la portezuela.

Nos dirigimos hacia el “Panhard” y Lola exigió:

—Las llaves.

Intenté ganar tiempo, buscando desesperadamente algo salvador. Ironiqué trémulo:

—¿Te llevas mi cacharro y me dejas a cambio tu carroza?

—No, David. El “Panhard” es tuyo. Será en tu coche donde te encontrarán en el fondo del lago. Un accidente.

Saqué las llaves y no fingí la torpeza que las hizo caer al suelo.

Pabló conminó con su revólver:

—Atrás amigo.

Retrocedí para apartarme un poco del halo de luz de los faros.

Pablo recogió las llaves, tendiéndolas a Lola.

Y de pronto, Rufino gruñó como un animal de la selva presintiendo peligro. Ella y sus dos fieles esclavos adquirieron aspecto de indios olfateando piel enemiga.

No podía ser la mía.

Pero la tensión del momento debió aguzar mi visibilidad. A pocos metros una sombra se movía entre árboles.

Y todos empezamos a actuar.

Pablo alzó el brazo y disparó hacia la arboleda.

Yo corrí a parapetarme tras el “Mercedes”. Por dos razones: Ofrecía más protección y contenía el film.

Pablo se precipitó hacia el “Mercedes” para apagar los faros. Varias detonaciones crepitaron en ráfaga.

A mi derecha, el cristal se estrelló. Una bala rebotó con maullido metálico.

Pablo se llevó una mano a la frente, giró sobre la punta de sus pies y se

desplomó de bruces.

A la deslumbradora blanca de los faros vi a Rufino disparar por reflejo defensivo, sin diana visible.

Armado de una metralleta, producía un gran estrépito. Repentinamente, vaciló, soltó su arma, llevándose ambas manos al estómago, cayó de rodillas y escupió sangre.

Otra ráfaga le tumbó de costado y, doblado, quedó inerte, encogido.

Permanecí inmóvil siempre adherido tras el “Mercedes”.

Lola había saltado al volante del “Mercedes”, intentando en vano arrancar.

Las llaves tenían que estar en el bolsillo de Rufino. Bajó del coche con expresión de tigresa acorralada.

—¡Señora Retamar! —gritó alguien entre las sombras.

Reconocí la voz de Karl Elías, en su país Carlos Elizondo.

Lola corría llevándose la caja circular y entró en el “Panhard”.

—¡Por favor, doña Dolores! —volvió a clamar Elías.

Y comprendí por qué Elías y su pandilla que, protegidos por la oscuridad, pudieron fácilmente liquidar a los Duarte, no disparaban ya.

No podían permitirse el lujo de suprimir a Lola. El escándalo subsiguiente perjudicaría al partido político del cual eran “enviados especiales”.

Me precipité hacia el “Panhard”, pero tuve que zambullirme en la yerba.

Una ráfaga me cerraba el paso.

Tres hombres venían corriendo. El “Panhard” había embalado y sus luces rojas se alejaban a toda velocidad.

Elías me miró interrogante.

—Ella se llevó el documental —y, señalando el cadáver del chofer Rufino, añadí—: Tiene las llaves del “Mercedes”.

Un minuto después volábamos a ras de tierra. Las ruedas chirriaban a cada viraje. Elías conducía como un piloto profesional.

Yo estaba sentado a su lado. Atrás, los dos acólitos de ojos de porcelana, como dos trabajadores conscientes y organizados, desmontaban sus herramientas, colocando culata metálica, caja y cañón en portafolios de hombres de negocio.

—Ahí está —anunció Elías.

Veíase la silueta de ola inclinada sobre el volante, pero el “Panhard” no podía sacarle ventaja al bolido perseguidor.

Elías maniobró para, de lado, obligar al “Panhard” a arrimarse. Pero Lola dio un brusco giro de volante.

Elías viró a tiempo. Escalamos un talud, trepidamos unos instantes, y el bolido regresó a la carretera, penetrando por Montreux.

Lola había sacado medio kilómetro de ventaja provisional.

La distancia volvió a disminuir. Y súbitamente una larga llama blanquecina iluminó el “Panhard”.

Lola, empuñando el volante con una mano, trataba de arrojar fuera la cinta de celuloide inflamado.

—¡Le ha prendido fuego a mí documental! —grité.

La película, por impulso del viento, se enroscó, penetrando nuevamente en el coche.

Lola alzó la mano para protegerse el rostro. La llama blanca pareció explotar de repente, como un rayo.

El “Panhard” partió sobre su izquierda, rebotó en la amplia acera y sus dos ruedas traseras se levantaron.

Lola lanzó un alarido que llegó a nuestros oídos.

Su cuerpo gesticulaba sobre un fondo incandescente. El “Panhard” embistió una seta de amarre para barcos, describió una voltereta y se zambulló en el lago, levantando un penacho de aguas turbias.

CAPÍTULO X

El “Mercedes” estaba estacionado a lo largo del muelle deportivo. Otros dos coches acababan de detenerse. Un accidente más del tráfico.

Elías se erguía a mí lado. Mirábamos el burbujeo que ascendía del fondo del agua.

—¿Qué hará usted ahora? —pregunté.

—Nada. Ya no queda nada por hacer. De todos modos, hemos ganado.

No contesté. Sabía que yo no estaba incluido en el plural ganador.

—Sin ella, Retamar no es nadie. Publique usted que Retamar está idiotizado, y que tardará en desintoxicarse. Pero...

Y siguió siendo un elegante y amable caballero, al añadir:

—Pero yo, en su lugar, Martel, no hablaría demasiado. Los detalles que me conciernen, olvídelos. Se lo ruego. No mencione para nada mi verdadera identidad. Regreso a mí país. No quisiera que mis patrocinadores me encargasen volver a Francia con la misión de eliminar a un periodista indiscreto.

Se marchó con sus acólitos. Seguí en aquel malecón frío y húmedo.

Un centenar de curiosos contemplaban la barcaza-grúa iluminada por el haz de un foco.

La cadena iba bajando con rítmicas sacudidas, emitiendo chirridos semejantes al grito siniestro de una gaviota. Fue sumergiéndose. Vimos aparecer una esfera de acero y un brazo encauchado, asido a los eslabones de la cadena.

—El buzo —dijo alguien.

Una masa oscura apareció a ras de agua. El techo del “Panhard” que emergió chorreante, balanceándose dulcemente en lenta pavana al extremo de la húmeda cadena.

Flashes de reporteros gráficos iluminaban la escena.

Un suizo reconoció la marca del coche y sentenció gravemente:

—Turistas franceses.

No quise ver más.

A la noche siguiente, apenas bajé del autovía, me presenté en la Comisaría Central. Me dieron inmediatamente alojamiento en una celda de detención preventiva.

Y me concedieron el privilegio de hacer uso de una máquina de escribir.

Fui llenando folio tras folio, relatando cuanto antecede. Rogué los

llevasen al comisario Lesage.

Un policía ironizó:

—Este paquete de folios parece una verdadera novela. Salvo que no tiene título.

—Lo tiene.

—¿Sí? ¿Cuál?

—*El asesino es el autor.*

* * *

—Comprendo que fue un simbolismo, Martel. Pero si yo quisiera lo convertiría en realidad. Usted vio muerto a Korsac. Eso escribe. ¿Quién atestigua que no pudo matarlo usted? Y así podría seguir presentando los hechos, en mi propia versión.

El comisario Lesage hablaba con su habitual entonación frívola.

—Cualquier policía rencoroso haría constar sus dudas sobre su relato, Martel. Pudo usted dispararle desde la ventana a Foret, valiéndose de un cómplice para arrebatarse la copia. Pudo usted liquidar a Bogard, para quedar único dueño del documental, por el cual el llamado Elías ofrecía un millón.

—No apreté ningún gatillo. Pero moralmente soy el asesino de dos amigos míos.

Me observaba con su mirada azul de miope. Una mirada que se hizo de pronto amistosa, aunque triste.

—Quítese ese fardo de encima, amigo mío. Foret, como fotógrafo, quería participar en el beneficio publicitario del reportaje. Bogard, como periodista, perseguía el mismo fin. No les obligó. Su único delito fue el eterno en su profesión. La noticia, primero. La obligación legal de comunicar a la policía, luego.

Tuve la impresión de ser un colegial cuyas imprudencias apenan a un maestro benévolo.

—Usted sabe perfectamente que puedo elegir entre una docena de motivos de inculpación contra usted, Martel. Tenencia ilegal de arma, ocultación de indicios a las autoridades y otras infracciones que resulta superfino enumerar.

Asentí convencido. Todo me daba igual.

—Haré constar su entrega voluntaria y su amplia y detallada declaración. Lo uno compensa lo otro. Queda libre.

—No comprendo... ¿Por qué es usted tan magnánimo conmigo?

En pie, haciendo girar sus gafas al extremo de sus dedos, Lesage dijo:

—Somos muchos más de los que se imagina los que al afeitarnos contemplamos la imagen del fracaso. Nuestros sueños, nuestras ilusiones que van esfumándose. Yo siento un infinito afecto fraternal hacia el

hombre que sabe esconder bajo una máscara burlona su íntima desesperación de soñador fracasado.

Y yo sentí de pronto un gran respeto hacia aquel formidable adivino. Me daba el maravilloso bálsamo tan difícil de encontrar: comprensión, tolerancia y alivio moral.

—Regresemos a nuestros mutuos trabajos, Martel. Le noto enternecido y no podemos permitirnos este lujo romántico cuando hay preocupaciones de orden monetario. Hay una plaza de reportero en mi comisaría. La paga es corta, pero saludable. Piénselo.

—Pensado. Acepto con gran cariño.

—Con el mismo cariño le garantizo que la próxima vez que me oculte algo le haré recluir por una larga temporada. Preséntese mañana. Gracias.

—A usted, señor.

* * *

Clementina me aguardaba en la acera. Preguntó ansiosa:

—¿Te han dejado suelto para vigilarte mejor?

—Todo quedó arreglado, sin pegas.

Fuimos caminando a lo largo del muelle sobre el Sena.

—¿Y ahora qué piensas hacer, David?

—No serlo más.

—No te entiendo.

—Dejarme ya de jugar a David. Enrolarme en la masa corriente de ciudadanos normales.

La cogí del codo y ella empezó a contemplarme extrañada:

—Te noto distinto. Casi pareces sensato.

—A eso le llamáis los demás sensatez. Dejarse llevar por la rutina del cocido diario. Estuve pensando que de tener yo un empleo fijo casi me convendría una esposa que supiera cocinar.

—¡Sé cocinar!

—Es posible que mi sueldo sea corto, aunque saludable.

—¡Haré traducciones en casa!

—Señora, le ha tocado la rifa. Se lleva usted una ganga. Va usted lista, señora.

Suspiró ella:

—Ya era hora que comprendieras que soy la esposa ideal. Y tú serás el marido ideal. Por aquello de que las aguas turbulentas cuando se han cansado de rebullir forman el mejor de los remansos.

Otra filósofa. Pero era también una excelente persona.

No cabe duda. La existencia es el constante renovar de las ilusiones.

FIN

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



EL FILM

LA PELICULA
ES UNA CINTA
DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas



es fans...tástica



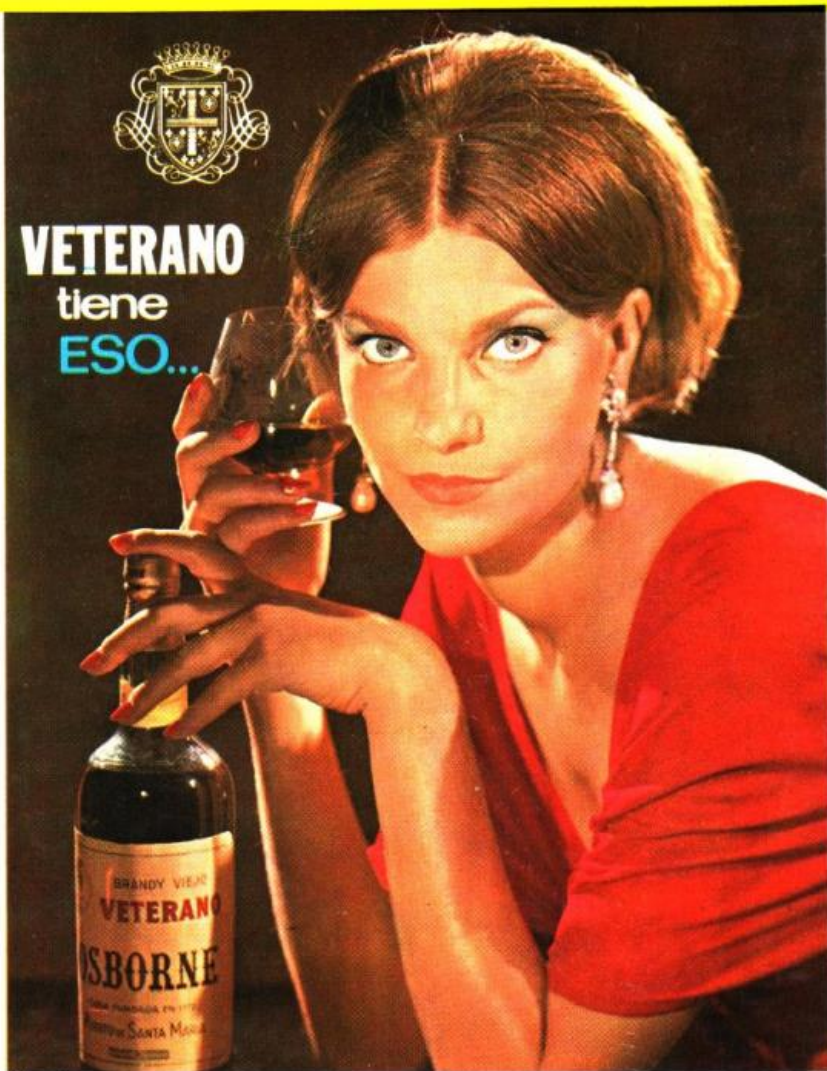
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONÀ (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epsa

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

¹ *Casa señorial en el campo.*